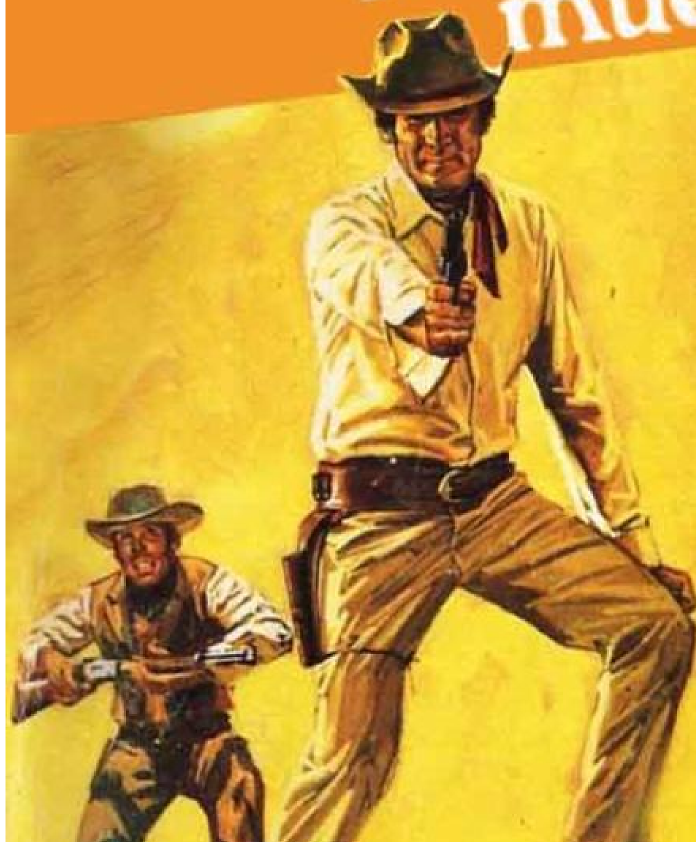
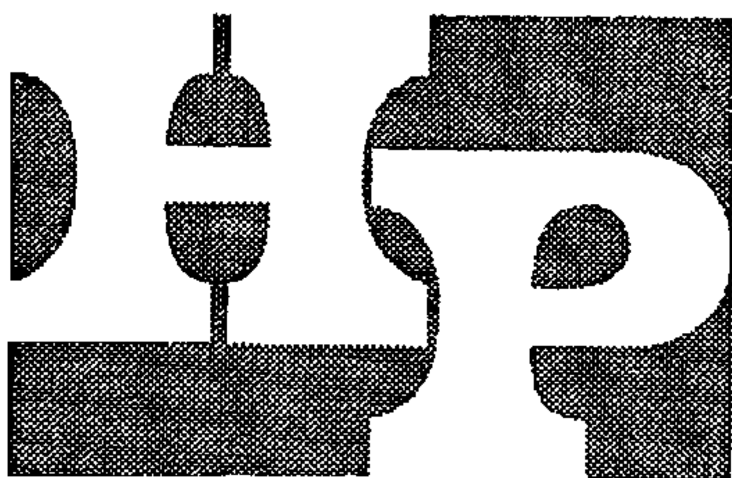


Silver Kane

Camelias para la muerta







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

CAMELIAS PARA LA MUERTA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 425
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 46992-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, febrero, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

La puerta se abrió para dar paso a la mujer. Ésta entró poco a poco en la habitación, mientras los goznes metálicos chirriaban tras ella. Una mirada triste, perdida, errabunda, se había adueñado de sus ojos.

La mujer era Camelia Winter, condenada a treinta años de presidio en la cárcel femenina de Sandhorst.

El hombre que estaba en la habitación, de unos cincuenta años, de facciones enérgicas y duras, la vio acercarse desde el otro lado de su mesa.

—Tome asiento, Camelia —invitó.

Ella lo hizo. Los sillones del despacho eran acogedores. Se estaba bien allí, frente a la ventana por donde penetraba el tibio sol de la tarde. Todo era muy distinto de aquellas terribles celdas de castigo donde casi no era posible distinguir entre el día y la noche.

Cruzó las piernas, y a pesar de la ruda tela de su uniforme carcelario, una extraña y delicada gracia femenina pareció emanar de todo su cuerpo.

—¿Me ha mandado llamar, míster Holsen?

—Sí. Es para hablar de la revisión de su causa.

Camelia tembló. Había temido aquel momento. Sabía que su causa había sido revisada a petición del fiscal y que los treinta años podían transformarse en una condena a muerte.

—¿Ha llegado ya alguna noticia desde Washington? —preguntó, dando a su voz una entonación firme.

—Sí. ¿Tiene usted miedo?

—Ya no tengo miedo a nada, míster Holsen. A mis veintidós años no hay ninguna cosa que me pueda asustar. Si el tribunal supremo me ha condenado a muerte, espero tener valor para morir

sin una queja.

—Quizá sea usted la reclusa más valerosa de todas las que hay en Sandhorst, Camelia.

—Soy, simplemente, la reclusa más desesperada.

—Pues bien —sonrió Holsen—, han llegado electivamente noticias de Washington, pero celebro decirle que son muy alentadoras. Al fiscal, al solicitar la revisión de la causa, le salió el tiro por la culata. El tribunal ha apreciado una serie de circunstancias atenuantes que no fueron tenidas en cuenta en el primer juicio, y la pena de treinta años ha sido reducida a diez. Como usted ya lleva tres cumplidos en Sandhorst, le queda una condena de siete. No he de negar que los magníficos informes que se han dado sobre la conducta de usted en el incendio de la prisión han influido grandemente en la benévola decisión del tribunal supremo.

Camelia cerró los ojos un instante y se llevó la mano a la frente, mientras suspiraba con cansancio. Ahora, ante aquella noticia que lo cambiaba todo, parecía como si de repente fallasen sus fuerzas. Ella había pensado no salir jamás de Sandhorst, porque treinta años eran como una montaña que terminaría aplastando su vida. Ahora siete años se le aparecían como una insignificancia, como algo que terminaría sin darse cuenta. Pero al fin y al cabo, ¿qué más daba? ¿Qué sería ella cuando hubiese salido de Sandhorst?

—¿No le alegra la noticia, Camelia? —preguntó Holsen.

—Me abruma. Es en cierto modo como si me hubiesen golpeado el cráneo. No sé qué pensar.

—Pienso que le falta poco tiempo para quedar libre. Siete años… Bueno, no digo que sean una insignificancia, pero si se los compara con los treinta a que estaba condenada, parecen un solo día.

—Tampoco creí que mi conducta influyera en la decisión del tribunal. Precisamente acabo de salir de una celda de castigo.

Holsen movió la mano como si quisiera disipar una imaginaria sombra trazada entre los dos.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra, Camelia. La tuve que encerrar en una celda de castigo porque insultó a una celadora. Pero eso no borra que su conducta durante el incendio fuera sencillamente heroica.

—Le ruego que no hablemos de eso.

—Al contrario, quiero destacar bien este punto porque lo considero de gran importancia. Usted ingresó aquí hace tres años por asesinato, y en su ficha se la consideraba como mujer muy peligrosa. En efecto, se mostró rebelde y díscola y tuvo que ir repetidas veces a las celdas de castigo. Entonces no estaba yo aquí, sino que la directora era la señora Maifer. Pero hace poco ocurrió lo del incendio, y usted, con grave riesgo de su vida, salvó a quince de sus compañeras y a dos celadoras que habían sido sitiadas por las llamas. A consecuencia de los desperfectos enormes que hubo en el penal, el gobernador creyó que por un tiempo debía administrarlo un hombre, no una mujer, y ésa es la causa de que actualmente me encuentre en este despacho. Pero aún no puedo olvidar lo maravillosamente que se portó usted, Camelia. Siento hacia usted confianza y hasta un cierto afecto, si me permite decirlo. No tuve más remedio que enviarla a las celdas de castigo porque es usted una rebelde, a pesar de todo. Pero quisiera recompensarla de algún modo por lo que hizo.

Camelia, que aún tenía la frente apoyada en una mano, levantó la cabeza poco a poco y miró fijamente al hombre.

—Ya me han premiado reduciendo la condena. Y, al fin y al cabo, lo que hice lo hubiese hecho cualquier otra mujer en mi lugar.

—No lo creo. Pero, como le he dicho, me agradaría recompensarla de algún modo. ¿Qué cree que puedo hacer por usted, Camelia?

Ella sonrió de una manera vaga e imprecisa.

—Nada. ¿Qué puedo desear?

—Aparte de esto, hay otras noticias —dijo Holsen tendiendo la mano hacia una pila de correspondencia, de la que extrajo una carta —. Le ruego que tenga serenidad y calma ante lo que voy a decirle.

—¿Qué puede afectarme ya? Hable.

—Su tío Manfred ha sido asesinado.

Camelia Winter tuvo tal sobresalto que casi se levantó del sillón.

—¿Cómo?

—Lo asesinaron hace cinco días, en su rancho de Texas. No se ha descubierto aún al culpable o culpables de su muerte. Sé que esta noticia le afectará porque, según consta en su ficha, usted, huérfana de padre y madre, fue recogida por Manfred, quien la crió, pese a

no poder dominar nunca su carácter atrevido y rebelde.

Otra vez la muchacha tuvo que apoyar la cabeza en su mano derecha, porque sentía que se quedaba sin fuerzas.

—Tío Manfred llegó a odiarme. Llegó a expulsarme de su rancho varias veces, aunque luego me hacía buscar por sus hombres para que regresara. Nunca estuvimos en muy buenas relaciones, pero era un buen hombre y lamento con todo el corazón su muerte. ¿Hay ya algún detalle, algún indicio que pueda aclarar ese crimen?

—Ninguno. Sólo tengo una breve carta del notario de la familia, en la que se dice que murió a consecuencia de un disparo por la espalda.

—¡Un disparo por la espalda! —musitó ella casi sin voz—. ¿No asesiné yo a Lotimer de la misma manera?

—Según consta en la sentencia, sí, aunque usted siempre ha afirmado que es inocente.

—Ya no vale la pena seguir afirmando que lo soy. ¿Y por qué ha escrito el notario de la familia? ¿Porqué ha tenido esa gran atención para con una presidiaría?

—Porque usted ha sido nombrada en el testamento que se leerá dentro de breves días —fue la sorprendente respuesta de Holsen.

—¿Qué dice? ¿Está loco?

—No me gusta que me hable usted con esa falta de respeto, Camelia.

—Está bien, le ruego que me disculpe. Es que no puedo comprenderlo. ¿Cómo se me menciona a mí en el testamento?

—Parece ser que entre los herederos.

—¡Es imposible!

—Imposible o no, eso es lo que dice la carta. Y se la cita para que asista usted a la apertura y lectura de dicho testamento.

Camelia rió tristemente.

—¡Qué bromas más estúpidas tiene la vida!

—¿No le gustaría ir?

—Pero ¿qué dice? ¿No se da cuenta de que aún debo cumplir siete años de cárcel?

Holsen se inclinó un poco hacia adelante, apoyando ambos codos en la mesa, y sus palabras adquirieron un acento confidencial, intimo:

—Me gustaría hacer algo por usted, Camelia; ya se lo he dicho

antes. Cierto que no puedo dejarla en libertad, puesto que debe cumplir una condena. Pero está dentro de mis atribuciones el concederle un permiso por circunstancias excepcionales, o el trasladarla a Leavenworth, en Texas, muy cerca del rancho donde va a leerse el testamento, pidiendo al guardián que la deje detenerse un día durante el camino.

—No quiero salir de aquí —dijo ella firmemente, cerrando los ojos—. He olvidado ya lo que es la libertad y me he acostumbrado a esto. Si llegara a salir y a darme cuenta otra vez de lo que son el aire libre, la luz, la vida… creo que al regresar me volvería loca.

—De todos modos quiero que usted vuelva a ser mujer, Camelia. Sólo tiene veintidós años, y desde los diecinueve está encerrada aquí por manejar el revólver demasiado bien. En el penal se embrutecerá y terminará siendo una loca, como todas. Quiero que usted tenga nuevamente contacto con la vida, lo cual es a mi entender el mejor modo de premiarla por todo lo que hizo durante el incendio.

Camelia Winter tuvo que asirse al borde de la mesa para no caer hacia adelante y rodar desde el sillón al suelo. A pesar de su rebeldía, de su carácter indómito y casi masculino, todo aquello la asustaba porque era como una fabulosa mentira.

—¿Sabe qué clase de mujer soy, señor Holsen? —preguntó al cabo de unos instantes de silencio—. ¿Sabe que manejo el revólver mejor que muchos pistoleros? ¿Sabe que estoy condenada por asesinato y que tengo fama de mujer a quien le gusta matar? ¿No ha pensado en lo que puede ocurrir si yo llego a verme libre en la tierra ensangrentada de Texas?

—De todos modos, quiero hacer la prueba. Sólo durante una semana.

—¿Está esto dentro de sus atribuciones? Me parece increíble.

—Después del incendio no hay enfermería en el penal. Puedo enviarla excepcionalmente a reponerse a su casa durante una semana. Sólo una vez podré hacer con usted una cosa así, pero está dentro de mis atribuciones. Y su libertad durará únicamente una semana, a menos que vuelva a tocar un revólver, en cuyo caso estará libre un solo día.

—¿Quién me vigilará? —preguntó Camelia con un hilo de voz, dándose cuenta de que todo aquello no era una fantasía.

—El *sheriff* de Dallas. Y será usted conducida en una diligencia especial junto con otros prisioneros que salen ahora hacia Texas.

—¿Ahora?

—Bueno, no en este momento, sino al amanecer. Pero saldrá con ellos. He cursado ya noticia por telégrafo al *sheriff* de Dallas, recomendándole que no la deje tocar un arma ni la pierda de vista un instante. Si ocurriera algo y se abriese un nuevo juicio contra usted, no sé lo que ocurriría. El fiscal que pidió la revisión de la causa la odia. Quiere condenarla a muerte.

Camelia apretó los labios. Una luz fija, extraña, violenta, había aparecido en sus ojos.

—No puedo tocar un revólver. Juro que no lo tocaré. Pero si ese hombre se pusiera ante mis ojos puede que…

Holsen dio una vuelta alrededor de la mesa y le puso la mano derecha en un hombro.

—Recuerde que es muy especial lo que hago. Camelia. Recuérdelo y no se deje llevar nunca por los nervios. Quiero que durante unos días vuelva a ser una mujer… no una asesina.

CAPÍTULO II

Cinco personas estaban reunidas en la habitación, en torno a una mesa y junto a una ventana por la que entraba a raudales la luz del sol. Las cinco parecían serias, preocupadas, y como si estuviesen a punto de vivir un gran acontecimiento.

Cuatro de esas personas eran hombres, y la restante una mujer.

De los hombres, tres eran jóvenes, pues oscilarían entre los veinticinco y los treinta años. Él restante contaría al menos cincuenta y llevaba una gruesa cartera de piel que mantenía derecha sobre sus rodillas. Era el notario de la familia Kley.

En cuanto a la mujer, era rubia, iba maravillosamente vestida y resultaba una auténtica belleza aun en la tierra de Texas, donde las mujeres tenían fama de ser más bellas que en otros estados de la Unión.

Sólo unas breves palabras bastarán para presentar a los tres hombres jóvenes. Los tres iban vestidos de modo semejante, con elegantes trajes de calle, pero con armas excepto uno de ellos. Éste, el albacea testamentario del difunto Manfred Kley, iba completamente desarmado. Los otros eran parientes del difunto y se llamaban Neck y Morton.

Los tres tenían aspecto de haber vivido siempre al aire libre, y sus poderosas musculaturas, que parecían ir a reventar las ropas, daban la sensación de que podrían vencer fácilmente incluso a un toro desmandado.

El notario, que acababa de extraer un fajo de papeles de su cartera, era el que estaba hablando ahora.

—Creo que deberíamos empezar. Nadie más se presentará ya para la lectura del testamento.

—Al decir «nadie más», se refiere a Camelia Winter, ¿no es

cierto? —preguntó al albacea, un verdadero hércules de facciones tostadas por el sol y ojos profundamente grises, que se llamaba Monty Carey.

—Exacto.

—Está designada en el testamento y por consiguiente conviene que asista a la lectura. La mandé citar en el penal, pero, naturalmente, es imposible que acuda. De modo que, cumplidos todos los trámites reglamentarios, creo que podemos empezar.

El notario consultó con la mirada a Neck y a Morton. Éstos asintieron, y entonces desdobló el fajo de papeles.

Pero en ese momento se oyó ruido en el exterior. El ruido producido por dos personas que pelearan junto a la puerta del edificio.

Todo esto ocurría en el rancho de Manfred Kley, en las cercanías de Dallas, y el edificio donde los hombres se hallaban reunidos era de madera. Los ruidos de las pisadas de dos personas que luchaban se escucharon estruendosamente viniendo desde el porche.

—Pero ¿qué ocurre? —Gruñó Neck.

Fue Monty el primero en ponerse en pie y en abrir la puerta. Un hombre y una mujer estaban peleando junto a aquélla, y se advertía claramente que era la mujer la que intentaba entrar y el hombre el que trataba de impedirlo. Ese hombre era uno de los guardianes de rancho Kley.

—Pero ¿qué pretendes tú, loca? —gritaba en este momento.

La mujer le golpeó con el talón tras la rodilla, lo hizo vacilar y luego lo volteó por encima de sus hombros con una fantástica habilidad, haciéndolo caer estruendosamente a tierra.

Monty Carey, que muy pocas veces había visto realizar con tal perfección aquella difícil presa, sonrió admirado, y mucho mayor fue aún su admiración al detallar a la mujer punto por punto.

Era difícil apreciar la belleza de sus formas, puesto que iba vestida de hombre, con ropas burdas y cubiertas de desgarrones en algunos sitios. Sus botas claveteadas eran aún más rudas que las que solían emplear los que tendían las líneas de ferrocarriles. Y en cuanto a su rostro, estaba manchado de carbonilla, de grasa y de polvo al que el sudor había transformado en una especie de costra.

Pero aun así era hermosa. Era tan hermosa que Monty Carey lanzó una exclamación en contra de su voluntad. Tuvo que desviar

los ojos, que tenía fijos en la muchacha, al darse cuenta de que el guardián iba a sacar uno de sus revólveres.

—Quieto, Baxter.

Baxter se inmovilizó. En el umbral de la puerta habían aparecido ya todos los que estaban en la habitación, excepto la mujer.

—¿Qué es esto? —Silbó Morton.

—Por lo visto esta muchacha quería entrar, y nuestro amigo Baxter no le daba excesivas facilidades. Eso es lo que sucede.

—¿Y quién es esa muchacha? —murmuró Neck con desdén, pero en realidad devorándola con los ojos.

Ella se irguió, y sus ojos demasiado claros adquirieron un tinte sombrío.

—Me llamo Camelia Winter.

—¿Cómo?

—¿Tan extraño les parece? Camelia Winter.

—¿Te has fugado del penal? —preguntó Morton, sin dar crédito aún a sus oídos.

—Tengo un permiso excepcional para estar durante una semana en este rancho.

—Pero ¿cómo se entiende?

—Asistiré a la lectura del testamento y luego volveré al penal, a cumplir el resto de la condena.

—¿Quién te ha dado ese permiso? —inquirió Neck.

—El propio director del penal, basándose en estas circunstancias tan excepcionales y en mi buena conducta anterior. Pero por lo que está sucediendo aquí, creo que la vida en el penal era mucho más tranquila.

—Tienes razón, entra —murmuró Monty—. La verdad era que nadie te esperaba. Nos parecía imposible que pudieses venir, y habíamos dado orden a Baxter para que nadie nos molestara.

Pasaron todos al interior. La mujer elegantemente vestida, que continuaba en su asiento, hizo una mueca muy especial, mitad de desdén y mitad de asombro, al ver allí a aquella muchacha vestida de hombre y con aspecto de haber defendido ella sola una ciudad sitiada.

—La señorita Mónica Kley, única hija de Manfred Kley —presentó Monty para cortar la fría atmósfera que se había formado instantáneamente—. Y éstos son Neck y Morton, primos de Mónica

y sobrinos del difunto Manfred Kley. A ellos también se les menciona en el testamento y por eso están aquí.

—Nos están presentando a todos —dijo Mónica fríamente—. Pero y ella, ¿quién es?

—Camelia Winter.

—¿Camelia? Imposible.

—Ya nos explicará los detalles más adelante —dijo Morton—, pero por el momento lo que sabemos es que tiene un permiso especial que durará una semana. Como veis, ha llegado en forma muy pintoresca.

—Todo lo que me rodea es pintoresco —susurró Camelia— por no darle otro nombre más desagradable. Pero debo decir ante todo que me avergüenza estar aquí, y que si hubiese sospechado un ambiente tan distinguido habría preferido continuar en el penal. Al fin y al cabo, la libertad, cuando es tan brusca, llega a hacer daño.

Monty Carey se había retirado a un rincón, junto a la ventana, y ya no despegó los labios ni dijo una sola palabra más. Dejó de prestar atención a Camelia y su indiferencia se hizo incluso un poco insultante. Pero nadie lo notó, principalmente porque todos estaban atentos a la atmósfera un poco tensa que inmediatamente se había formado entre las dos mujeres.

—¿Cómo tienes este aspecto? —preguntó Mónica—. ¿A qué es debido que vistas de hombre?

—Salí del penal con unas ropas muy burdas, aunque al fin y al cabo eran de mujer —susurró Camelia—, pero tuve que cambiarlas por el camino.

—¿Por qué?

—Íbamos un grupo de presidiarios con tres guardianes en una diligencia especial. El grupo, excepto yo, era trasladado de un penal a otro. ¡Y unos pistoleros nos atacaron, creyendo que se trataba de una conducción de oro! ¿No es grotesco y a la vez absurdo? ¡Los pistoleros atacaron a unos hombres que eran más peligrosos que ellos y que estaban cumpliendo condena por delitos peores aún!

—¿Qué ocurrió? —preguntó Morton, con una mueca de repentino interés.

—Los guardianes se negaron a facilitarnos armas. Si hubiésemos podido defendernos, de aquellos pistoleros no habría quedado ninguno con vida. Pero no fue así, y la pelea se prolongó durante

demasiado rato. Los tres guardianes murieron, y la diligencia volcó y se incendió.

—¿Y… los prisioneros? —preguntó Mónica pasándose muy suavemente la lengua por sus pintados labios.

—Abrasados vivos.

Camelia había cerrado los ojos, y su voz latía como un temblor.

—¿Qué ocurrió contigo? —preguntó Morton.

—Los pistoleros que quedaban vivos, sólo tres, me habían rodeado. Mis vestidos ardían, y debieron pensar que, a falta de oro, yo sería una buena presa para divertirse. Pero pude hacerme con el revólver de uno de los guardianes y aquello terminó pronto.

Mónica, que contemplaba a la muchacha con los ojos entrecerrados, casi tuvo que ahogar un gemido.

—¿Eran tres?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió con ellos?

—Le clavé a cada uno una bala entre las cejas.

Todos los que se encontraban en la habitación tenían la boca casi abierta, más que asombrados atónitos por lo que decía la muchacha. La única excepción era Monty Carey, que seguía mirando por la ventana y guardando un silencio casi ofensivo para Camelia.

—¿Sólo tú quedaste viva en aquel lugar? —preguntó Morton.

—Exactamente.

—¿Y de quién son esas horribles ropas que llevas? —intervino Mónica.

—De uno de los pistoleros.

—¿Vas vestida… con las ropas de un hombre al que has matado tú misma?

—Puede que esas cosas impresionen a otra mujer, pero a mí ya me dejan indiferente —dijo Camelia con amargura—. Tenía que desprenderme de mis ropas, que se estaban consumiendo. Por eso vengo de esta manera, aunque me he resistido a conservar el revólver. Prometí al salir del penal que no volvería a manejar un arma.

—¡Pues lo has cumplido bien! —exclamó Monty, abriendo la boca después de su prolongado silencio.

Camelia le miró retadoramente. Había algo en los ojos de aquel

hombre que no le gustaba, aunque no sabía definir lo que era.

—Fue un caso de defensa propia.

—Muy bien, pero ¿en qué situación quedas ahora? ¿Cómo informas al director del penal y cómo va a creer tu historia?

—Tendrá que creerme. El solo hecho de haberme presentado aquí ya prueba que quise cumplir lo que se me ordenó. Daré cuenta de lo ocurrido al *sheriff* de Dallas y al fiscal. Sobre todo a este último, porque es el que en un momento dado podría acusarme, y me interesa que conozca la verdad.

—Volver a acusarte, querrás decir —susurró Monty.

—¿Cómo? Pero ¿el fiscal al que habré de ver es el mismo que pidió que mi causa fuera elevada al tribunal supremo?

—Exactamente. El fiscal del distrito donde el crimen fue cometido.

Se oyó en la habitación el extraño chirrido de los dientes de Camelia.

—¡Ese ser aborrecible! ¡Ese maldito que quería a toda costa condenarme a muerte!

—Más vale que lo olvides —aconsejó Monty—. Yo no me presentaría a él.

—Al contrario, quiero conocerle. Quiero saber cómo son sus ojos de buitre y su boca de hiena. Me presentaré a él y le explicaré la verdad. Que luego me acuse de un nuevo delito, si así le parece. Puede que entonces pierda el control de mis nervios y le clave a él también una buena bala entre las cejas.

Se dejó caer sobre uno de los asientos, desfallecida.

Debía estar reventada por lo que había vivido durante la infernal travesía y por lo que la esperaba en su cada vez más incierto porvenir. Mientras respiraba con lentitud, su busto poderoso subía y bajaba de una forma obsesionante, amenazando con romper los moldes de la sucia camisa vaquera.

—No hablemos de eso ahora —dijo el mismo Monty Carey—. Íbamos a leer el testamento, cosa que haremos si no estás demasiado cansada o si no deseas antes ponerte alguna ropa limpia.

—Para una mujer como yo cualquier ropa es buena. Puede empezar la lectura cuando plazca a todos; yo estoy dispuesta.

—En mi calidad de albacea del testamento tengo que hacerte una pregunta —dijo Monty Carey acercándose un poco a ella, pero

sin demostrar demasiado interés—. Soy un viejo amigo de la familia, pero ignoro algunos detalles de vuestra vida anterior, puesto que yo casi siempre he residido lejos de Texas. La pregunta es ésta; ¿cómo es que todos estos miembros de la familia son unos perfectos desconocidos para ti?

—Ellos vivían en el Este —susurró Camelia— recibiendo una sólida educación y jamás se acercaban por el rancho. Ni siquiera Mónica, la hija de Manfred. Yo en cambio vivía aquí, y por eso no nos hemos conocido hasta ahora. Siempre que Manfred quería ver a Mónica iba él a visitarla al Este. Decía que era mejor así, y que resultaba más elegante.

Mónica arqueó sus cejas maravillosamente dibujadas.

—En cierto modo es una suerte que no nos hayamos conocido hasta hoy, ¿verdad?

—En efecto…, para vosotros. A mí me hubiese gustado conoceros antes porque os admiraba sin saberlo. Erais más que yo y representabais la gran esperanza de la familia.

—Después de esta llamémosle visita, estaremos muchos años sin vernos de nuevo, ¿verdad? —preguntó Mónica con acento indiferente.

—Siete años.

—¿Siete? ¿No estabas condenada a treinta?

—El fiscal solicitó la revisión de la causa, sin duda para lograr que me condenaran a muerte. Pero su maniobra salió al revés, porque el tribunal supremo acopló una serie de circunstancias atenuantes que antes no habían sido tenidas en cuenta, y la pena fue rebajada a diez años, de los cuales ya he cumplido tres.

—De todos modos, siete años son muchos —susurró Monty Carey— para una mujer joven y bonita como tú.

Ella le miró fijamente a los ojos, sorprendiéndose del reflejo gris que había en ellos. Luego su mirada descendió por el tronco de atleta, hasta posarse en las caderas estrechas y ágiles, y entonces hubo en sus pupilas un brillo de sorpresa al darse cuenta de que aquel hombre no llevaba armas.

—Si, siete años son muchos. Tendré casi treinta cuando salga de allí, y estaré convertida en mi propio espectro. Pero ¿qué importa eso? ¿Qué puedo esperar yo ya?

—Hablas como una mujer resignada a tu suerte sin embargo,

eres una rebelde. Se lee en tus ojos.

—Tan rebelde soy que mataría a cualquier hombre que se atreviese a enfrentarse conmigo. Pero prefiero no hacerlo. Ya he sufrido bastante.

—Excepto si se trata del fiscal, que pidió la revisión del proceso —sonrió Monty—. A ése sí que le matarías.

—Tal vez.

La muchacha tenía los ojos bajos y una actitud que parecía humilde. Pero había en sus manos un leve temblor que no acertaba a dominar pese a todos sus esfuerzos.

—¿Dónde vive ese hombre? —preguntó—. Tendré que ir a verle. Es preciso que le explique todo lo ocurrido.

Todos los presentes se miraron como si no conocieran exactamente la dirección pedida. Fue Monty el que contestó:

—Puedes encontrarle en Dallas, en el edificio del tribunal. Está allí todas las mañanas.

—¿Incluso hoy?

—Incluso hoy, naturalmente.

Tomó asiento él también, y todos quedaron reunidos en torno a la mesa. El notario carraspeó, revolvió un poco las hojas y comenzó la lectura del testamento.

Éste, en resumen, dividía la herencia en cuatro partes. Una, la mayor y más apetecible, correspondía, como es natural, a Mónica Kley, la hija del testador. Las otras tres eran iguales y correspondían a sus sobrinos Neck y Morton y a su sobrina Camelia Winter.

El testamento decía, al mencionarla a ella:

> «A todos parecerá extraño el que en mi testamento recuerde a una mujer que, pese a haber vivido conmigo desde su niñez, nunca me ha profesado simpatía, y a la que yo tenía que castigar con frecuencia por su carácter rebelde. Si a esto se añade el que actualmente está cumpliendo condena por asesinato, condena que terminará cuando ella ya sea una vieja, todavía parece más incomprensible el que le deje el presente legado. Pero a pesar de las apariencias ve siempre he tenido fe en Camelia Winter, a la que su

> carácter abierto y rebelde le impedía decir una mentira o sostener una hipocresía. Espero un milagro que le permita disponer, antes de que sea demasiado tarde, de los bienes que le dejo. Si no es así, lo lamentaré desde el Más Allá. Porque además confío en que Camelia Winter, cuyos ojos ven más que los de muchos hombres, descubrirá algún día a aquel que ha de asesinarme…».

A aquel que ha de asesinarme.

La frase pareció quedar flotando en el aire y pesar sobre todos como una losa de plomo. Los ojos de los presentes dieron una vuelta alrededor de la habitación y terminaron posándose en un cuadro que había sobre la chimenea y que representaba a Manfred Kley con traje de ceremonia, puesto que durante algún tiempo había sido presidente del Consejo Municipal de Dallas. Manfred Kley sonreía, y sus ojos parecían mirarles a todos. En aquel cuadro aparentaba unos cuarenta y cinco años, y había muerto a los cincuenta. Cuando posó para el pintor no debió adivinar lo cerca que estaba de su muerte, pero sí que lo adivinó al dictar aquel extraño testamento.

—Bueno —dijo Monty Carey—, esto nos ha producido a todos un efecto un poco lúgubre, si hemos de ser sinceros. Propongo que no pensemos en ello y que vayamos a lo práctico. ¿Qué bienes son los que concretamente se dejan a Camelia Winter?

El notario buscó en un inventario que llevaba adjunto al testamento.

—Aquí está señalado. Se le deja una punta de ganado y todos los caballos del rancho. Valen una buena cantidad de dinero, puesto que Kley fue cazador en su juventud y había logrado maravillosos cruces de razas. El año pasado, sólo en carreras, ganó más de veinte mil dólares.

Camelia se mordió los labios.

—No puedo aceptar ese legado. Los caballos requieren un cuidado muy personal, y yo…, yo no podría dárselo. Será mejor que renuncie a todo esto en beneficio, por ejemplo, de las personas necesitadas de Dallas.

—En Dallas no hay personas necesitadas —dijo Monty

filosóficamente—, porque allí no viven más que granujas. Será mejor que pienses otra cosa para el reparto de tus bienes, aunque si quieres aceptar un consejo, no hagas nada hasta que hayan transcurrido los siete días que te han dado de libertad. Por cierto, ¿desde cuándo empiezan a contarse esos días?

—Desde que el *sheriff* tenga noticia de mi llegada. He de ir a verle inmediatamente y darle cuenta de todos mis actos.

—En tal caso, conviene que vayas a Dallas esta misma mañana. No hagas nada que pueda considerarse al margen de las órdenes recibidas.

—Gracias, así lo haré.

Se puso en pie, y todos los hombres la imitaron. Sólo Mónica Kley permaneció sentada.

—¿Qué ha sido de tu antiguo amor, Camelia? —preguntó de repente.

—¿A qué antiguo amor te refieres?

—De sobra lo sabes. A Johnny Gaskell.

Camelia se mordió los labios y no contestó. Entonces Mónica lanzó una carcajada.

—¿No lo sabéis? Camelia tuvo un novio antes de ingresar en la cárcel. Pero no un novio cualquiera, sino un hombre de porvenir. Se trataba de uno de los pistoleros más famosos de Texas.

—Todos conocemos a Johnny Gaskell —dijo Morton ceñudamente.

—Camelia mejor que todos. Claro que cuando aquello sucedió ella sólo tenía diecinueve años, pero se rumoreaba que de un momento a otro iba a casarse con Gaskell. ¿No es cierto, Camelia?

Ella tenía los labios apretados en una mueca.

—Sí.

—¿No has vuelto a verle desde entonces?

—No.

—¿Cómo es posible? ¿No iba a verte a la cárcel?

—No iba. Pero hubiese sido igual, porque yo no tenía licencia para recibir visitas. Estaba siempre en las celdas de castigo.

Mónica Kley lanzó otra carcajada, un poco más burlona e hiriente que la anterior.

—Pues ahora tendrás ocasión de verle —dijo luego—. Johnny Gaskell merodea por aquí. Hay más de treinta hombres que están

dedicados íntegramente a su busca, pero nadie da con él; Johnny Gaskell, seguramente a causa de la fuerza que le da tu amor, es invencible.

Camelia volvía a tener los ojos bajos y otra vez hacía esfuerzos para disimular el temblor de sus manos.

—Gracias por tus noticias —musitó—. Realmente estaba deseando saber de Johnny Gaskell.

—¿No te alegra saber que está tan cerca?

—Sí.

—¿Piensas ponerte en seguida en contacto con él?

Monty Carey cortó de repente aquella serie de preguntas.

—Pero ¿qué es esto? ¿Un interrogatorio? Todos tendremos tiempo de hablar con Camelia, y ya habrá ocasión para hacerle cuantas preguntas creamos necesarias. Pero ahora me parece que lo más importante es que consiga ropas de mujer y se arregle un poco.

Mónica hizo sonar una campanilla, y al instante apareció en el umbral de la puerta una sirvienta negra.

—Prepare un baño caliente —ordenó la dueña de la casa—. Y dé a esta señorita algunas ropas de las que yo tengo fuera de uso. Por cierto, en uno de mis armarios encontrarás medias, zapatos y prendas interiores. Camelia. Puedes probarte lo que te convenga. Mary te acompañará.

—Gracias, pero no sé si debo aceptar. Yo me siento bien así. Después de tres años no sabré llevar vestidos de mujer.

—Te sentirás mucho mejor después de haberte cambiado —dijo Morton—. Y cuando lo hayas hecho te acompañaremos a Dallas.

—Gracias, pero tengo un gran interés en ir sola —musitó la muchacha—. Por el camino iría recordando cosas que ya no volverán a ser. En fin, soy un poco tonta. Pero me gustaría volver a Dallas sola y sentirme libre otra vez.

—Así debe hacerse —dijo Monte Carey—. Bueno, yo voy a marcharme, puesto que por el momento nada más tengo que hacer aquí. Espero, Camelia, que tengamos ocasión de vernos en Dallas.

Camelia se puso en pie y le tendió la mano. No le gustaba la mirada gris, implacable, de los ojos de aquel hombre.

—Así lo espero yo también —dijo.

Neck y Morton se despidieron a continuación, y Mónica se retiró a sus habitaciones para cambiarse y salir luego a dar un paseo por

el rancho. Camelia quedó en manos de Mary, y nuevamente tuvo la sensación de que la habían puesto bajo las órdenes de una celadora para un cambio de uniforme.

Pero cuando vio el baño caliente y el tocador lleno de perfumes, sus pensamientos cambiaron. Se dio cuenta de que estaba libre y volvía a ser una mujer. Se dio cuenta también de que todo aquello era infinitamente cruel, porque cuando volviese al penal le parecería horrible acostumbrarse de nuevo a las cosas que después de tres años había ido encontrando soportables. Pero no podía elegir.

Se bañó cuidadosamente, se peinó y se probó los vestidos que Mary le fue trayendo. Todos eran sencillos, pero realzaban magníficamente su figura. Camelia, que en el penal había llegado a olvidarse de sí misma, se sorprendió de tener aún una figura que pudiese llamar la atención de los hombres. Cuando descendió de nuevo a la planta baja casi se sentía avergonzada, porque estaba demasiado hermosa.

Mónica Kley, vestida de amazona, estaba probando un caballo frente al edificio principal del rancho. Le dirigió una mirada inquisitiva al verla aparecer.

—Estás muy hermosa, Camelia. Mis vestidos te sientan estupendamente. Sólo lamento una cosa.

—¿Cuál?

—Que te van a confundir conmigo.

—Tus palabras pueden tomarse como un insulto o como una alabanza —susurró Camelia—. Las tomo como una alabanza. Gracias.

Vio que el mismo Baxter, con el que antes se peleara, traía un carruaje ya enganchado. Camelia se acercó a él y le pidió perdón por lo que antes había sucedido.

—No tiene importancia. ¡De ninguna manera! ¡Cuando tenga tiempo hemos de repetirlo otra vez para ver de qué modo puedo yo librarme de esa presa!

—Le enseñaré un par de trucos que le serán muy útiles.

Tomó las riendas del carruaje, tras subir a él, y emprendió al trote corto el camino de Dallas. Éste era una maravillosa senda rodeada de árboles y que ella conocía bien. Cada rincón, cada árbol, cada cruce, tenía un recuerdo para Camelia Winter. Cuando llegó a

la ciudad sus ojos habían vuelto a adquirir una expresión soñadora, nostálgica, desesperada casi. Porque esto sí que era en verdad una despedida.

El juzgado estaba casi a la entrada de la población. Camelia detuvo el carruaje, ató el caballo al amarradero y penetró en el local, donde a aquella hora va no había casi nadie.

—¿El fiscal? —preguntó a un agente del *sheriff* que paseaba por el vestíbulo.

—En el piso superior.

Camelia ascendió y, en efecto, vio un nuevo vestíbulo con varios despachos, uno de los cuales llevaba el rótulo del fiscal.

Allí estaba el hombre que fríamente, sin conocerla, sin un asomo de piedad, había tratado de llevarla a la horca. Allí estaba el hombre a quien en estos momentos más odiaba en el mundo.

Pronto iba a conocerle. Pronto vería «sus ojos de buitre y su boca de hiena».

Iba a empujar la puerta, sin llamar, cuando en ese momento sonó un disparo.

Capítulo III

El disparo había sonado en la planta baja, y fue seguido por otros con una endiablada velocidad, igual que si en el edificio se hubiera, desencadenado un verdadero huracán de plomo.

Camelia se separó de la puerta. Los disparos siempre habían sido para ella como una llamada y habían despertado en su corazón dormidos ecos de lucha. Pero en este momento pensó que si se veía envuelta en un nuevo conflicto sus siete días de libertad iban a quedar reducidos a nada. Al contrario, tal vez aumentaría de nuevo la pena de siete años que aún tenía que cumplir. De modo que Camelia retrocedió unos pasos, asustada, y fue a ocultarse a un ángulo con toda la velocidad de sus piernas.

Abajo, una voz gritó:

—¡Cuidado! ¡Es Johnny Gaskell!

El grito dejó como petrificada a Camelia, que tuvo que apoyarse en la pared para no desplomarse sin fuerzas sobre los peldaños. Johnny Gaskell. ¡Johnny Gaskell, el hombre que había sido la pasión de su vida, el pistolero más famoso de Texas, estaba allí!

Como dominada por una fuerza extraña corrió escaleras abajo. El vestíbulo estaba lleno del olor acre de la pólvora y del aroma dulzón y a la vez terrible de la sangre. Cuatro hombres se retorcían en el suelo, entre los espasmos de la muerte, con el cuerpo rociado por el plomo. Uno de esos hombres era el alguacil con el que poco antes hablara Camelia, y los otros tenían aspecto de empleados del juzgado. Ninguno de ellos, excepto el alguacil, llevaba armas.

Camelia quedó como petrificada otra vez. Había visto a muchos hombres agonizantes, y ella misma acababa de matar a tres de ellos, pero éstos la impresionaron de una forma especial porque iban desarmados y porque habían sido acribillados a balazos sin asomo

de piedad. Uno tendió sus manos hacia ella, como pidiendo auxilio, pero en lugar de eso gimió:

—Avise a alguien…, ¡por Dios! ¡Haga algo! ¡Van a colgar al juez Murray!

De repente aquellos dedos se crisparon en el aire, y el hombre se desplomó lanzando un estertor. Camelia miró a su alrededor, como hipnotizada, y vio que los otros tres hombres también habían quedado quietos. La muerte se había enseñoreado de aquel recinto, que era va como un trágico panteón.

Por unos instantes se hizo un silencio ominoso dentro de la casa. Camelia, vacilante aún, salió a la calle. La sensación de que Johnny Gaskell estaba allí, tan cerca, le producía en el fondo del corazón como un pinchazo. Después de tres años, Johnny Gaskell había pasado a ser como una leyenda para ella. Había venido a representar todo cuanto hubo de hermoso en su vida anterior, y que había ya terminado para siempre.

Y ahora Johnny Gaskell estaba allí. Rodeado de su aureola de violencia, como siempre, envuelto en el halo de muerte que parecía inseparable de su personalidad. Pero era Johnny Gaskell, y Camelia Winter sabía que hasta entonces ningún hombre había logrado despertar tantos ecos dormidos en su corazón como el famoso pistolero de Texas.

Salió a la calle, y entonces vio que lo que le habían dicho acerca del juez Murray era verdad. No sólo pretendían ahorcarle, sino que le habían ahorcado ya.

El juez Murray, un hombre de unos cincuenta años, todavía fuerte y vigoroso como un joven, se debatía al extremo de una cuerda que habían pasado por sobre la rama de un árbol. El nudo estaba mal hecho, quizá a propósito para que la agonía fuese más larga. Camelia cerró los ojos, ahogando un gemido, y al abrirlos vio que el juez Murray había dejado de moverse ya.

El centro de la calle estaba desierto aunque desde los porches y desde algunas ventanas, docenas de personas contemplaban la terrible escena. Cinco pistoleros tenían prácticamente dominada a toda la ciudad. Sus revólveres pavonados brillaban en las manos, dispuestos a exterminar a cualquiera que hiciese un movimiento sospechoso. Entre aquellos pistoleros Camelia reconoció a Johnny Gaskell.

Johnny era el más alto y fuerte de todos ellos, y además el que manejaba las armas con mayor elegancia. Su sombrero blanco, inmaculado, destacaba nítidamente al sol. Sus ojos metálicos recorrían la calle en busca de enemigos que se opusieran a sus designios. Johnny, pensó ella, tenía moral de triunfador, puesto que eliminaba los obstáculos apenas éstos se ponían ante sus ojos.

—¡Colocad el cartel! —gritó.

Uno de sus hombres pegó sobre el cadáver del juez un cartel que ya llevaba preparado. Las letras, en grandes caracteres, decían simplemente: «¡Johnny Gaskell siempre cumple su promesa!».

En este momento, cuando sus ojos terminaban de pasearse por la calle donde ya no quedaba un solo enemigo, el pistolero la vio a ella.

Estuvo a punto de lanzar una exclamación, como si no creyera lo que estaba viendo. Pero Gaskell era un hombre de sangre fría y se dio en seguida cuenta de que aquello no era un sueño. Se acercó a la muchacha con aquella cálida sonrisa que tan bien sabían dibujar sus labios y que le había hecho famoso entre todas las mujeres de Texas.

—¡Camelia! ¿Cómo es posible que estés aquí?

Mientras avanzaba hacia ella, Camelia lo contempló, y trató de que su mirada fuese imparcial y serena, pero no pudo. Johnny Gaskell seguía siendo irresistible. En aquellos tres años se había hecho más fuerte, más hombre, y ahora tenía todo el aspecto de un coloso. No por eso había perdido su gracia y su elegancia. Hasta sus revólveres, al oscilar en las caderas, guardaban una especie de elegante compás.

Sus ojos eran grises, pero sabían sonreír en el momento oportuno. Y sus labios, que según la leyenda enloquecían a las mujeres, tenían sin duda algo de mágico.

—¿Cómo ha sucedido esto, Camelia? —musitó él.

—Me parece como si esto fuera un sueño, Johnny.

—No lo es. Pero he necesitado oír tu voz para convencerme. En el primer momento también creí que eras una aparición. ¿Es que has logrado escaparte del penal, Camelia?

—No. Tengo como un permiso excepcional, como unos días de libertad. Es una historia larga de explicar. No podrías comprenderme si te la contara en dos o tres palabras.

—¡Pero estás aquí! ¡Estás aquí, Camelia, y ya no volveremos a separarnos nunca!

La muchacha intentó luchar contra los sentimientos que de nuevo habían brotado en su corazón. Durante tres años casi había logrado olvidar a Gaskell, del que tenía varios motivos para odiarle, pero ahora se daba cuenta de que nunca dejó de amarle. Gaskell era único, y todo cuanto se pensará de él quedaba desvanecido ante su presencia. Debía ser verdad, pensó Camelia, que ninguna mujer podía resistírsele.

—Es preciso que hablemos —susurró—. No todo resulta tan sencillo como crees.

Para decir esto con serenidad tuvo que hacer un verdadero esfuerzo, porque no podía soportar la presencia de aquel hombre colgado delante de sus ojos. Pero Gaskell, que quitaba importancia a todos los detalles desagradables de la vida, la tomó de un brazo y disipó su inquietud con una alegre y contagiosa sonrisa.

—¡Claro que hablaremos, pequeña! ¡Todo lo que tú quieras! ¡Pero vamos primero a brindar para celebrar nuestro encuentro!

—¿Brindar? Sabes de sobra que no…

—¿Que no bebes? ¿Y eso qué, paloma? Nuestro brindis se hará con champaña francés del mejor que hay en el *saloon*.

No había quien se resistiese a él. Camelia trató de hacerlo, pero Gaskell la levantó entre sus brazos poderosos y la condujo hasta la entrada del *saloon* más cercano. Como en Dallas los *saloons* estaban separados veinte pasos uno de otro, no hacía falta buscar mucho. Sus cuatro hombres, con las armas preparadas, montaban guardia ante la puerta.

—¡Si se acerca el *sheriff* acribilladle a tiros!

—No se acercará, jefe. En cuanto vea desde lejos al juez colgado, le empezarán a temblar las piernas. Y no aparecerá por aquí hasta que estemos a diez millas de distancia.

—¡Bebamos todos, jefe! —pidió otro—. ¡De sobra sabemos que el *sheriff* estará ahora patrullando por las afueras de Dallas!

—Bien, entrad. La chica lo merece.

Depositó blandamente a Camelia frente a la barra, y pidió al encargado, que temblaba visiblemente:

—Champaña.

—Claro que sí, *milord*. Hay un auténtico francés cosecha de

1850. La casa corre con el gasto.

Temblorosamente, colocó sobre la barra unas botellas que tenía depositadas bajo ésta. Un pistolero las descabezó de dos balazos, y la espuma se derramó alegremente por encima del cristal y la barra de caoba del saloon. Gaskell llenó las copas.

—Bebe, cariño.

Camelia casi no podía creer que fuese ella misma esta que estaba ante una copa de champaña francés, delicadamente vestida de mujer, y en compañía de uno de los hombres más arrogantes de Texas, el único hombre que había logrado impresionarla en su vida. Gaskell le empujó un poco la copa, obligándola a beber, y el cosquilleo del champaña inundó su boca.

—Brindemos por nuestra felicidad, pequeña.

Las copas entrechocaron, si bien Camelia tenía como una mirada turbia en los ojos.

Y en ese momento una voz preguntó:

—¿No puedo yo brindar también?

Todas las miradas se dirigieron hacia el fondo del saloon, donde acababa de soñar aquella voz. Un hombre estaba apoyado indolentemente en la barra, cerca de la puerta trasera, acariciándose una ceja con el dedo índice de la mano derecha. Iba bien vestido, aunque sin exageración, y en su cinto no había ninguna clase de armas.

Camelia tembló al reconocer a Monty Carey.

Monty Carey, cuya musculatura prodigiosa le hacía incluso superar a Johnny Gaskell, se acercó parsimoniosamente, haciendo sonar sus espuelas, y se detuvo a unos pasos de los cinco pistoleros.

—Acabo de ver ese adorno que habéis dejado en la calle —murmuró—. El juez queda muy decorativo.

—Tú también puedes quedarlo… —sugirió Gaskell sin dejar de sonreír.

—Por supuesto. Además, voy mucho más elegante que el juez, y haría mejor efecto. Pero ¿por qué le habéis matado a él, si puede saberse?

Preguntaba con la misma calma que si estuviera interrogando a un grupo de amigos sobre las variaciones del tiempo.

—El juez Murray hizo colgar a mi lugarteniente hace quince días —contestó Gaskell—, y yo prometí que habría venganza. Ya lo han

visto todos. Murray ha sido colgado también, y con mucha menos ceremonia. Johnny Gaskell siempre cumple sus promesas.

—Eres un tipo admirable, desde luego.

—¿Y tú? ¿Qué quieres? ¿Morir también? ¿Es que le gusta balancearte al extremo de una cuerda?

—Quiero que me invitéis a beber, ya lo he dicho.

—El señor Monty Carey —susurró Camelia interviniendo por primera vez— es amigo mío. O mejor dicho, amigo de mi familia. Te ruego que no te enojes con él, Johnny. Ya ha habido bastantes muertos por esta mañana en Dallas. Señor Carey, le ruego que se retire y dé esta conversación por terminada. Será…, será mucho mejor.

Monty Catey sonrió. Tenía una sonrisa lejana y fría que apenas alteraba sus facciones.

—No necesito que me defiendas, Camelia —murmuró—, aunque te lo agradezco. No me iré de aquí porque me disgusta que una muchacha tan candorosa como tú esté en compañía de estos invitados. Podrían pervertirte.

—¡Basta de burla! —gritó Camelia—. ¡Johnny Gaskell jamás ha estado en un penal, y en cambio yo sí! ¡Podría considerarme más peligrosa que él!

—Johnny Gaskell no estará nunca en un penal —sonrió Monty Carey—. Irá directamente a un patíbulo.

Gaskell gritó:

—¡Basta!

Hubo un instante de silencio, mientras el pistolero contemplaba a Monty con las facciones desencajadas. Luego, éste preguntó:

—¿No bebemos?

—¡Has cometido una locura al entrar aquí! —aulló Gaskell—. ¡Vamos, muchachos, colgadle!

Los cuatro pistoleros se arrojaron sobre él, y Camelia lanzó un grito al convencerse de que no llevaba armas. Pero las cosas que sucedieron a continuación le indicaron que Monty Carey no las necesitaba.

Sujetó una de las botellas de champaña y de un golpe contra la barra rompió su fondo. En la derecha quedó el pedazo superior, con las aristas afiladas como puñales.

El primer pistolero que se arrojó sobre él recibió el impacto.

Pero no en plena cara, como parecía lógico si lo que Monty pretendía era marcarle. Recibió el golpe en el cuello, porque lo que Monty pretendía era matar.

La yugular quedó seccionada inmediatamente. Un verdadero torrente de sangre se derramó sobre la camisa del pistolero.

Pero los otros tres ya estaban encima. Gaskell, hombre práctico y a quien no le gustaba perder tiempo, aulló:

—¡Matadle con los revólveres! ¡Disparad!

Monty levantó una mesa y la arrojó contra los pistoleros cuando éstos sacaban los revólveres. El impacto los hizo vacilar y retrasó un instante la aparición de las armas.

Y Monty aprovechó ese instante.

Inclinándose rapidísimamente, se apoderó de uno de los revólveres del caído. Y cuando la mesa cayó al suelo y sus tres enemigos quedaron al descubierto, él va tenía un «Colt» en la derecha.

Las balas aullaron como perros hambrientos, como fieras, como reptiles rabiosos.

Por un instante pareció como si ningún hombre hubiera sido alcanzado y como si todo el mundo hubiese quedado inmóvil y estático respirando el humo acre de la pólvora. El silencio que siguió a los estampidos duró unos breves segundos, pero fue intenso, angustioso, agobiante. Luego, los pistoleros de Gaskell comenzaron a disparar.

Sus disparos fueron realmente extraños. Uno, que parecía reír cómicamente, tiró contra las tablas y luego soltó el revólver como si le pesara demasiado. El otro tiró al techo. Y, por fin, el tercero, barrió con una alucinante ráfaga de seis tiros toda una línea de botellas del mostrador.

Fue solo un instante después cuando se vio que el que parecía reír cómicamente tenía la mandíbula destrozada, y eso deformaba su boca. La sangre empezó a brotar trágicamente y le bañó el cuello y el pecho. El que acababa de tirar hacia arriba había recibido plomo en el corazón y se bamboleaba de un lado a otro, dando sus últimos pasos, negándose a caer. Por fin, el tercero, el que había barrido la serie de botellas, tenía ahora los ojos muy abiertos y lo contemplaba todo con expresión fanatizada. En realidad hacía esfuerzos desesperados para aspirar aire, porque la bala le había

alcanzado a la altura del diafragma.

Los tres cayeron casi a la vez. Como torres que se derrumban, se precipitaron sobre las tablas y quedaron inmóviles en éstas, en las posturas más grotescas y más trágicas.

Monty trazó con su revólver un suave movimiento de abanico, en cuyo centro estaba la figura de Johnny Gaskell.

Johnny Gaskell no se había movido. Se hallaba tan asombrado que los músculos se negaban a obedecerle. Pero al encontrarse solo y saber que tenía que defender su vida a cara o cruz, reaccionó con una violenta crispación que hizo arquearse su cuerpo.

Un revólver apareció como por arte de magia en su mano derecha. Tan rápido fue su movimiento que resultó imposible seguirlo con la vista. Pero antes de que pudiera disparar, Monty ya había hecho fuego.

La bala convirtió en astillas el revólver de Johnny Gaskell. Y un segundo e instantáneo disparo atravesó la otra arma, la que estaba en la funda izquierda, cuando la mano del pistolero ya volaba hacia la culata.

En dos alucinantes movimientos, Monty se cambió el revólver de mano dos veces, sujetando siempre el gatillo. Parecía como si el arma fuese una proyección de sus dedos. Hubo en sus ojos un brillo tenebroso mientras el revólver volaba, como si Monty fuera un pistolero al que por fin hubiesen devuelto sus armas y la razón de su vida.

Gaskell, pálido como un cadáver, aún tuvo, sin embargo, serenidad bastante para sonreír.

—¿Vas a matarme?

—Merecerías que lo hiciera. Debería matarte así, como a un cobarde, porque eso es lo que eres, Gaskell. Pero voy a dejarte vivir para que respondas de tus crímenes ante un jurado.

—Quieres enviarme a la horca, ¿eh?

—Eso no es cuestión mía. Pero supongo que, al hablar de ti, la horca es el castigo más benigno en que puede pensarse.

Quedaba una sola bala en su revólver, y lo sabía. Gaskell aún podía tratar de escapar, si él fallaba el primer tiro.

Pero Gaskell no lo intentó. Había visto ya demasiado.

—Desabrocha tu cinto —ordenó Monty—. Todavía llevas en él un puñal.

Gaskell lo hizo con parsimonia, dirigiéndole una mirada despectiva y cargada de odio. En ese momento entró el *sheriff* de Dallas.

El *sheriff* de Dallas era un tipo alto, fuerte, de unos treinta y cinco años, pero con una expresión que denotaba muy poca energía. Llevaba dos «Colt» del 45 y un rifle pavonado último modelo, pero todo este armamento no lograba infundir el respeto que infundía el solo revólver de Monty Carey.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó al entrar—. ¿Qué ha ocurrido con el juez Murray?

—¿No lo ve? Está colgado —dijo burlonamente Gaskell.

El *sheriff*, ahora, miró a Monty Carey.

—¿Quién lo ha colgado, Monty?

—Éstos cuatro tipos. Tres de ellos están bien muertos. El cuarto lo estará bien pronto, si intenta la menor jugarreta.

—No intentaré nada —susurró Gaskell—, pero las cosas no terminarán aquí.

El *sheriff*, boquiabierto, encañonó a Gaskell con su rifle. Una llamita peligrosa había aparecido en sus ojos. Se decía de él que era amigo del juez y que si alguien lo mataba, él vengaría su muerte. Ahora tal vez hubiese disparado a sangre fría de no haberlo impedido Monty Carey.

—Aún no, *sheriff*. Este hombre tiene que ser juzgado legalmente. Vamos a limitarnos a conducirlo a la prisión.

—De donde saldrá para ir a la horca…

—Eso no es cuenta mía —repitió Monty—. Que el jurado decida lo que crea más justo.

—Lo más justo será la horca, porque en esta tierra no hemos inventado todavía nada peor.

El *sheriff* iba a acercarse a Gaskell cuando Camelia, con la que nadie contaba ya, intervino de la forma más inesperada y violenta.

Camelia se había apoderado de las armas de uno de los caídos, sin que nadie se diera cuenta de su maniobra. Y cuando el *sheriff* y Monty quedaron en una situación en que podía abarcarles fácilmente a los dos, levantó firmemente sus armas y gritó:

—¡Quietos!

Los dos hombres se volvieron ligeramente. Monty, que aún conservaba el revólver en la derecha, levantó levemente los brazos.

—Suelta esa arma.

Monty la dejó caer al suelo. Mientras, una sonrisa mitad de lástima mitad de admiración distendía sus labios.

—Ahora usted, *sheriff* —ordenó Camelia—. Ese rifle al suelo. Arrójelo a los pies de Gaskell. Y empiece a desabrocharse el cinto si no quiere que le clave una bala entre las cejas.

—¿Quién es ésta? —susurró el de la estrella, sin poder dar crédito a sus oídos.

—Camelia Winter, a la que han dado una semana de permiso en el penal, por buena conducta. Ya ve que justifica la bondad que han tenido con ella. Es todo un ángel.

—¡Cállate! —Silbó Camelia.

—¡Pero si tenía que presentarse a mí! —masculló el *sheriff*—. ¡He recibido una orden! ¡Tenía que someterla a vigilancia!

—Ya ve que las cosas en el mundo cambian, *sheriff* —sonrió Monty—. Es ella la que le está vigilando a usted.

—¿Sabe lo que esto le va a cost…?

El *sheriff* tuvo que callarse, porque en ese momento Gaskell, que ya había recogido el rifle, le aplastó la boca de un culatazo. La sangre comenzó a manar como un torrente por entre los labios del representante de la ley, quien lanzó un sordo gemido.

—¡El cinturón, pronto! —rugió Gaskell.

Iba reuniéndose gente en las cercanías del *saloon*, y sabía que si no lograba escapar ahora, pronto sería linchado por la muchedumbre. Su ansia de golpear, de herir, de matar, se centuplicó ante esta perspectiva.

Un puntapié al estómago del *sheriff* le hizo doblarse hacia delante, y otro puntapié al mentón lo lanzó hacia atrás como un pelele. Camelia, tapándose la boca, gimió:

—¡Johnny!

El pistolero se dirigió ya contra Monty Carey. Iba sobre seguro, porque llevaba un rifle preparado a la altura de la cadera. Por la expresión fanatizada de su rostro se adivinó que iba a disparar.

Disparó, en efecto, pero Monty Carey ya no se encontraba en el camino de la bala.

Tras saltar con la agilidad de un acróbata, había ido a parar junto a la barra. Desde allí, antes de que Gaskell pudiera girar, levantó la pierna derecha y propinó al rifle un terrible puntapié,

enviándolo contra el techo. De haber tenido Gaskell un arma más ligera es casi seguro que habría acabado con él, pero el rifle le estorbó a tan exigua distancia. Y cuando, con unos segundos de atraso, empezaba a darse cuenta de lo ocurrido, Monty ya se había lanzado sobre él con los puños preparados.

Camelia tenía armas, pero no se atrevió a hacer fuego.

El primer gancho de Monty envió a Johnny Gaskell dando traspiés contra la pared del fondo. Sin dejarle ni siquiera chocar contra ella, Monty se lanzó hacia delante y cruzó sus puños en un seco y tajante
uno-dos
que pareció arrancar verdaderas astillas y chispas del rostro de Johnny Gaskell. Éste se rehízo con un supremo esfuerzo, trató de embestir a su enemigo con los ojos cerrados y, al apartarse éste, fue corriendo por el vacío y chocó contra la barra que estaba al otro extremo del *saloon*. Sin dejarle volverse, Monty le propinó un terrible mazazo en la nuca, capaz de aniquilar a un toro. Gaskell se volvió aún, pero fue para recibir un gancho en la mandíbula que lo hizo quedar medio sentado sobre la barra. Monty lo sujetó por una pierna y lo lanzó contra una de las paredes, sin voltearlo. Gaskell produjo tal estampido al chocar, que todo el edificio pareció estremecerse. Y allí quedó, inmóvil, como un guiñapo, sin fuerzas ni siquiera para sentir el terrible dolor de los golpes que habían deformado su rostro.

Camelia tenía los revólveres dispuestos. Sus puntos de mira enfilaban a Monty Carey, y sólo faltaba un instante de decisión, un segundo en que la presión de la sangre fuese más intensa para que los gatillos corrieran y un huracán de plomo se abatiese sobre el hombre. Si Camelia hubiese llegado a disparar o no, fue algo que en aquel momento resultó imposible saber. El destino no dio a la muchacha esa oportunidad. Una voz ronca, a su espalda, silbó:

—Deja ese juguete o te lleno de lunares la carita, nena.

Monty miró por encima de los hombros de la muchacha, que se había estremecido. Y vio a un hombre grueso, de unos cuarenta años, ostentosamente vestido, quien empuñaba un revólver trabajado en plata.

—Ha llegado a tiempo, senador Reynols —murmuró quedamente Carey, sin un asomo de emoción en sus ojos.

—Yo siempre llego a tiempo. ¿Qué es este espectáculo?

—Por lo visto, todo esto son los funerales del juez. Lo último que hicieron esos tres muertos, cuando aún no estaban muertos, fue ahorcarle. Ya ve que lo han pagado a un precio algo elevado. Y en cuanto a éste, que ha perdido ya un litro de sangre por las heridas de la cara, es el que tuvo la ocurrencia de celebrar el ahorcamiento.

—¡Pero si es Johnny Gaskell! —susurró, lleno de asombro, el senador Reynols.

—Exactamente. Y ahora el *sheriff* lo trasladará a la cárcel, donde estará atendido como merece. ¿No es cierto, *sheriff*?

El de la estrella ya se había puesto en pie, pero seguía tapándose la boca, de donde aún manaba sangre.

—Cierto. Y si el jurado no le condena a muerte transformo mi insignia en metal viejo para fabricar el collar de un perro.

Puso unas solemnes esposas de pesado hierro en las muñecas del inanimado Gaskell y luego lo trasladó medio a rastras, ayudado por tres o cuatro clientes que ya se habían atrevido a entrar en el saloon. El senador Reynols susurró:

—Está bien, nena. Suelta la artillería.

Camelia la soltó, y en ese momento supo ya que lo más benigno que podía esperarle era la cárcel para el resto de su vida.

—Enciérrela también, *sheriff* —pidió el senador.

—Perdone si no soy de la misma opinión —susurró Monty—. Esta mujer tiene que permanecer en libertad a pesar de todo lo que acaba de hacer. Hemos de considerar lo suyo como un arrebato de locura. Es la novia de Gaskell, o lo fue durante un tiempo.

—Aun así…

—Creo que es el *sheriff* quien debe tomar una decisión sobre esto. En cuanto haya encerrado a Gaskell lo decidirá. Esta mujer no puede escaparse de la ciudad.

—A veces es usted demasiado comprensivo, Monty. Pero de todos modos tengo la sensación de que esta mujer acabará también en la horca.

Camelia lo sabía. Lo había presentido desde que volvió a Dallas. Parecía como si todo se fuese acumulando en su camino para dar motivos a que la ahorcaran de una vez.

—¿Qué pretenden ustedes? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué no me matan de una vez? Saben que pueden hacerlo.

—Nadie ha dicho que podamos hacerlo, Camelia —susurró Monty Carey—. Estás desarmada y eres una mujer.

—¿Qué importa eso?

—Dispones de siete días —sentenció Monty—. Aprovéchalos y disfruta de tu libertad. Quizá no volverás a tenerla.

Se frotó contra la camisa los nudillos manchados de sangre y salió poco a poco del saloon.

CAPÍTULO IV

La muchacha llevaba unas monedas en la mano derecha, y las contó nerviosamente. Eran todo su capital, todo lo que le habían dado en la cárcel por los trabajos que realizó en ella durante sus tres años de encierro. Ahora iba a gastarlos en una cosa muy poco adecuada para una mujer que necesitaba conservar su reputación: en un revólver.

Las puso sobre el mostrador, y el hombre que estaba tras él las contó a su vez.

—Está bien; puedo darle el «Derringer» que usted deseaba. Éste tan pequeño. Pero me permito advertirle que ni siquiera en una ciudad como Dallas es costumbre que las mujeres usen revólver.

—A mí me lo ha recomendado el médico para guardar la línea. Gracias.

Hizo una suave inclinación de cabeza, tomó el «Derringer» que le interesaba de entre los que se hallaban expuestos ante sus ojos y lo ocultó en su escote. Instantes después había salido de la tienda.

Empezaba a caer el crepúsculo, y las sombras invadían la ciudad. Aquí y allá iban encendiéndose las luces de los *saloons* y de los garitos. Camelia pasó por delante de un gran cartel que decía: «Aquí encontrará él *whisky* mejor de la ciudad, la música más alegre del estado y las mujeres más bonitas del mundo».

—¡La mujer más bonita del mundo eres tú! —gritó uno de los hombres que estaban en el porche—. ¡Si tú me lo pides pego fuego a la calle entera, nena! ¡O pongo en libertad a todos los presos de la cárcel!

Camelia sonrió interiormente. Sentía quemar el revolver oculto en su escote, y a cada latido del corazón su sangre le producía como un zumbido en las sienes.

Pasó sin detenerse ante todos los garitos de la calle principal y sólo cambió de dirección al llegar a la altura de la oficina del *sheriff*, donde estaba la cárcel.

El *sheriff*, en compañía de un agente ya viejo, estaba fumando su pipa a la puerta de la oficina.

—¿Qué te ocurre, muchacha? ¿Vienes a ver al prisionero?

—Eso es lo que pretendo, si no hay ninguna prohibición especial que lo impida.

—Pues sí, hay una prohibición —dijo el *sheriff*, retirando la pipa de sus labios con un movimiento brusco—. Entre todos los pajarracos dañinos que he tenido encerrados en esa cárcel, Johnny Gaskell es el más dañino y el más pajarraco. Y va a estar incomunicado hasta que se señale día y hora para el juicio y el jurado decida colgarle, que es lo que hacemos en Dallas con esa clase de gentuza.

El agente, ya viejo, que estaba junto al *sheriff*, sonrió:

—¿No era esta muchacha la novia de Gaskell? ¿Por qué no deja que al menos le vea? No hay ningún mal en eso.

—Tú siempre tan compasivo, Jonathan.

—Esta muchacha podría ser mi hija. No creo que sea ningún pecado dejarle ver a su novio siquiera una sola vez.

Camelia miró con simpatía a Jonathan, que se acariciaba su barba blanca y la miraba con una expresión a la vez divertida y bondadosa.

Pero instantáneamente el pensamiento de que llevaba un revólver oculto la hizo estremecer. En este instante, mientras miraba al viejo Jonathan, estuvo a punto de dar una vuelta y seguir su camino, sin penetrar en la cárcel. Pero fue el mismo *sheriff* quien se lo impidió.

—Vamos, puedes entrar. Pero no intentes nada porque vas a estar más vigilada que un cargamento de oro.

—Bien pensado, no creo que tenga tanta import… —empezó a decir.

—Bueno, entra si has venido para eso. Las mujeres siempre os estáis arrepintiendo de las cosas a última hora. Ese buitre de Gaskell estará contento al ver que las palomas todavía se acercan a él.

Abrió la puerta, empleando un par de las llaves de un manojo, y luego franqueó a Camelia la entrada de otro pequeño recinto donde

había seis celdas. Sólo una estaba ocupada, y en ella se encontraba Johnny Gaskell.

Gaskell se puso en pie y lanzó un grito al ver a la muchacha:

—¡Camelia!

—No brames de esa manera —gruñó el *sheriff*—. Y cuidadito porque voy a estar detrás de vosotros y sin quitares ojo de encima.

—Acércate, Camelia —susurró Gaskell—. ¿Cómo te han dejado llegar hasta aquí?

—No sé si podré estar demasiado tiempo en libertad, Johnny. Todo depende del *sheriff* y de ese buitre que en Dallas ocupa el puesto de fiscal.

—¿Te das cuenta? Es la segunda vez que hablamos desde que volviste a la ciudad. ¿Cómo van tus cosas, Camelia? ¡Tienes tanto y tanto que explicarme! ¿Cómo has podido soportar tantos años de encierro?

—No lo sé.

—Has debido sufrir mucho, Camelia… —susurró él, torciendo los labios que todavía estaban destrozados a causa de los golpes.

—Sí, he sufrido mucho, Johnny. El régimen allí es muy severo, y compañeras y celadoras resultan insoportables. Pero he sufrido mucho más porque cuando «aquello» ocurrió tú prometiste preocuparte por mí, buscarme un buen abogado, solicitar la revisión del proceso, y no has hecho ninguna de esas cosas.

—No me ha sido posible, Camelia. Sabes cuál es mi vida. Todos esos tipos de la estrella la han tomado conmigo, y no hay ninguna ciudad en el Oeste donde pueda parar dos semanas seguidas. ¿Cómo querías que encontrase un abogado? ¿Cómo iba a solicitar la revisión del proceso y estar en contacto con los tribunales un hombre al que reclaman todos los jueces del país? No ha sido falta de voluntad, Camelia, pero resultaba imposible.

—Si, ya lo sé.

La expresión de la muchacha había sido triste y reconcentrada. Johnny Gaskell estalló:

—¿Es que has venido a reprocharme la vida que llevo? ¿Es que te aprovechas de mi situación para venir a decirme cosas que de otro modo no te hubieses atrevido a decir?

—¿Me has visto alguna vez aprovechándome de una situación, Johnny?

—No, pero si ahora piensas hacerlo puedes cambiar de rollo. Yo te sacaré de la cárcel cuando pueda hacerlo con los revólveres. No me gusta andar entre abogados y gentuza que le engaña a uno. Ya lo sabes desde siempre. ¡Pero pensaba sacarte un día de allí con los revólveres, y jure que lo haré!

—Está bien, Johnny, pero han pasado tres años…

—¡Cambia de rollo, muchacha!

Camelia se acercó un poco más a los barrotes. Sus dos manos se cerraron sobre ellos. Procuró que el *sheriff* sólo le viera la espalda, y ocultar así parcialmente los movimientos del prisionero.

—Pocos contactos, ¿ch? —bramó el de la estrella—. O sales fuera inmediatamente, muchacha.

—Sólo pretendo besarle, *sheriff*. ¿No puedo besarle siquiera una sola vez?

Gaskell se estremeció.

—¿Besarme?

—¡Termina de una vez! —rugió el *sheriff*—. ¡Vas a volverme loco de envidia! ¡Vamos, despedíos en seguida o me colocaré yo en lugar de Gaskell aunque me ahorquen mañana!

Camelia Winter besó al pistolero. Pero antes, mientras sus labios se acercaban, susurró:

—En mi escote. Un «Derringer» cargado. Pero no dispares contra ese alguacil viejo o no volverás a verme nunca más.

Gaskell la besó, o más bien simuló besarla, y mientras tanto su mano derecha buscó la culata del revólver, que casi sobresalía por encima del vestido de Camelia, a causa de la postura que voluntariamente había adoptado ésta. Con una habilidad que le calificaba de maestro del revólver, lo hizo deslizarse hacia la parte posterior de su mano y lo ocultó en el interior de su camisa. Todo esto se desarrolló con una habilidad y una rapidez tales que el *sheriff*, hombre habituado a descubrir movimientos sospechosos, no notó absolutamente nada pese a tener los ojos fijos en la pareja.

El beso apenas había durado un instante. El de la estrella, con los ojos vidriosos, gruñó:

—Todos los cerdos tienen suerte. Claro que en contrapartida a todos los matan.

Abrió la puerta e hizo salir primero a la muchacha. El agente de las blancas barbas había encendido una pipa también, y miró a

Camelia con la misma sonrisa entre bondadosa y divertida.

—¿Estaba bien el pajarito? —preguntó.

—¡Oh, muy bien!

—Procura pensar en él mientras esté vivo, muchacha. Yo no tengo arte ni parte en esto, pero mucho me parece que los del jurado le van a condenar a la horca apenas le vean la cara.

Camelia decidió evitar aquella conversación.

—¿No es usted demasiado viejo para ser agente del *sheriff* en una ciudad como Dallas?

—¡Oh, tal vez sí, pero puede decirse que yo resulto inofensivo! ¡Me ocupo exclusivamente de las cosas de la oficina, y de echar algún trago de vez en cuando! A mí los pistoleros no me tienen rabia.

Camelia le sonrió con simpatía y echó a andar. El viejo le hizo un saludo con su pipa, mientras con la otra mano daba vueltas a un monumental reloj de oro.

—No dejes que se atormente tu corazón, muchacha. Eres aún demasiado joven para sufrir.

¡Demasiado joven para sufrir!

¿Es que acaso ignoraba que acababa de pasar tres años en presidio? ¿Acaso no sabía que después de siete días de libertad le esperaban siete años entre rejas? Pero en el fondo el viejo tenía razón; aún era demasiado joven para sufrir de aquel modo.

A su paso los comentarios más audaces brotaban en los porches y las puertas de los garitos. La ciudad diabólica que era Dallas empezaba a despertar a esa hora de su letargo diurno. Tipos cuya cara hubiese hecho estremecer hasta a los caballos de una diligencia se paseaban junto a los *saloons* con el aspecto indolente de quien cree que mientras no mata ni pelea se encuentra en paro forzoso. Y todos aquellos tipos dirigían miradas atrevidas a Camelia y lanzaban feroces sugerencias a su paso.

De repente la muchacha pensó en algo que había olvidado ya por completo. Llevaba prácticamente un día entero en Dallas y aún no se había presentado al fiscal. Había estado junto a su puerta, a punto de entrar, y no lo había hecho al fin a causa del salvaje tiroteo que señaló la presencia de Johnny Gaskell en la población. Pero tendría que cumplir con esa condición impuesta en la cárcel o quizá volvería a ella antes de que los siete días transcurriesen.

Le repugnaba ver a aquel hombre el que pidió la revisión de una sentencia para que al fin la condenasen a muerte, pero no tenía otro remedio. «Me imaginaré que voy a ver el cerdo que ha ganado el gran premio en una exposición de ganadería —se dijo—. Me mostraré cortés y humilde y procuraré no volver a ver a ese hombre en todos los días de mi vida».

Llegó al edificio del tribunal, que ya había sido limpiado de cadáveres. Otro agente armado se encontraba en la puerta.

—¿Está en su despacho el fiscal? —preguntó Camelia, deseando que le contestaran con una negativa.

Pero el agente afirmó:

—Sí, lo encontrará. El señor fiscal trabaja hasta muy tarde preparando la causa contra Johnny Gaskell.

Camelia se mordió los labios. «Pena de muerte. Pedirá pena de muerte…».

Subió al piso superior y encontró la misma puerta cerrada de por la mañana. Golpeó discretamente con los nudillos.

—Adelante —invitó una voz.

Camelia entró, y vio un gran despacho, con una mesa tras la cual se hallaba sentado, trabajando, un hombre.

Un hombre al que reconoció en seguida, y que arrancó de su garganta un gemido gutural:

—¡Monty Carey!

CAPÍTULO V

Después de aquel gemido, Camelia quedó como petrificada. En este momento no habría percibido el estampido de un revólver disparado junto a su cabeza.

—¿Tú? —susurró al fin.

Monty se puso en pie.

—Para servirte, Camelia. Yo soy el fiscal de Dallas.

—¡No es posible!

—¿Por qué no es posible? ¿No me ves aquí? ¿Te he dicho antes acaso que mi profesión fuera otra?

—No, pero…

De repente la muchacha se puso en guardia. Aquel hombre era el que había pedido la revisión de la sentencia, el que quería que la condenasen a muerte. Sus ojos despidieron un brillo hostil y sus manos temblaron como si quisieran arañar el aire.

—¿Tú pediste la revisión de mi causa?

—Sí.

—¿Y… lo dices de ese modo?

—¿Cómo voy a decirlo? Pedí, en efecto, la revisión de tu causa. La sentencia era injusta.

Camelia se mordió los labios, aturdida ante la serenidad y el cinismo de aquel hombre.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Trabajar en la causa de Johnny Gaskell, a fin de que el proceso pueda verse dentro de dos o tres días.

—Y pides pena de muerte, ¿no?

—Por el delito que Gaskell ha cometido no puede pedirse otra pena. Pero aunque no hubiese ahorcado al juez, había sobre su conciencia cosas suficientes para hacerle colgar una docena de

veces.

—La pena de muerte debe ser el pan que te alimenta —musitó sordamente Camelia—. Y cada vez que vas a colgar a alguien sentirás seguramente que el ideal de tu vida se va realizando.

De repente se llevó ambas manos a la cabeza, como si tuviera la sensación de que ésta le iba a estallar.

—¡Dios mío, no es posible! No es lógico que tantos desastres ocurran en tan pocas horas. Tú no puedes ser el fiscal que solicitó la revisión de mi causa, no puedo creerlo.

El abandonó su puesto de detrás de la mesa y avanzó hacia la mujer. Parecía increíble, pensó Camelia, que un tipo como aquél, dueño de una musculatura que hubiese envidiado un campeón, con puños de gigante y el rostro quemado por el sol de la pradera, pudiera dedicarse a enviar hombres a la horca desde detrás de una mesa.

—¿Hace mucho tiempo que eres el fiscal de Dallas? —musitó rehuyendo su mirada.

—Poco. Apenas unos meses. La tuya fue la primera causa que tuve entre las manos, una vez ocupado mi cargo, Y ésta, la de Johnny Gaskell, es la segunda causa importante. Lo demás son cosas sin interés, a pesar de que cada día mueren docenas de hombres en Dallas. Pero ya sabes que aquí no es delito el matar a un hombre cara a cara.

—¿No? ¿A cuántos has enviado a la horca?

—Todavía a ninguno, Camelia. Johnny Gaskell será el primero; porque irá a la horca, sin duda de ninguna clase.

—¿Tan seguro estás?

—Aquí sí que no hay peligro de que el jurado le declare inocente. Ha matado al juez delante de todo el mundo, ahorcándolo. Y si por esto fuera poco, tiene sobre su conciencia más de treinta atracos y ocho muertes, comprobadas, a traición.

Una enigmática sonrisa distendió los labios de Camelia.

—¿Y si no llega a comparecer ante el jurado? ¿Y si fuera tan hábil como para huir de la cárcel?

—¿Cómo pretender que huya? Está vigilado, y la cárcel es muy segura. Además, nadie podrá ayudarle.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —Escupió ella—. ¡Quizá no sepas que Johnny ha escapado de lugares más difíciles que vuestra

ridícula cárcel de Dallas!

—No lo dudo, pero veremos si lo logra esta vez.

En aquel momento se oyeron disparos. Varios disparos seguidos, raudos, frenéticos. Camelia, que sabía calcular perfectamente las distancias por el sonido, dedujo que los disparos estaban sonando a la altura de la cárcel.

¡Johnny Gaskell había comenzado a actuar! ¡Y una vez más había ganado la libertad demostrando nuevamente que nadie podía con él mientras tuviera en las manos un revólver!

La sonrisa de triunfo que iluminó el rostro de Camelia no pudo pasar inadvertida para Monty Carey. Con voz que era en realidad como un silbido de furia, preguntó:

—¿Johnny?

—Sí. ¡Y esos disparos demuestran que ha logrado huir de vuestra «formidable» cárcel!

Las facciones de Monty estaban lívidas, y todos sus músculos sufrieron como una sacudida. Su mano derecha sujetó a la mujer por el vestido como si sujetara a un hombre por la camisa.

—¿Le has ayudado tú?

Las palabras de Camelia parecieron estallar en el aire, mientras sus ojos rebrillaban de gozo:

—¡Sí, le he ayudado yo! ¡Y lo he hecho porque Johnny no debe morir en la horca! Porque es más fuerte que todos vosotros, ¿entiendes? ¡Porque es más fuerte y más valien…!

Iba a continuar, pero entonces vio que la mano izquierda del hombre se alzaba sobre su rostro. Se cubrió instintivamente, y sus palabras quedaron cortadas. Esperó el golpe. Pero el golpe no llegó.

Monty bajó la mano poco a poco, mientras temblaban sus labios.

—He estado a punto de cometer una villanía —silbó—. Nunca he pegado a una mujer. Pero tú lo merecías, Camelia.

La soltó. La muchacha se vio libre sin comprenderlo todavía, pues había esperado que el hombre la maltratara y la hiciese detener con orden de enviarla nuevamente al penal. En lugar de eso, Monty ni siquiera la había tocado, y ahora parecía haberla olvidado por completo mientras buscaba afanosamente algo en el cajón central de su mesa.

La actitud del hombre contribuyó a que Camelia se exaltara aún más. Sabía que dentro de poco estaría recluida otra vez, quizá para

siempre, y no quería callar las cosas que estaban en su corazón.

—Qué fácil es enviar a la gente a la horca, ¿verdad, señor Monty Carey? Se dicen cuatro palabras ante un jurado convencido, y ya está. En cambio no te atreverás a desafiar a un hombre cara a cara. ¡No te atreverás a matar a un hombre que tenga en sus manos un revólver con que defenderse…!

Enmudeció al ver que Monty, ya en mangas de camisa, ceñía a su cintura un cinturón-canana con un revólver largo.

—Pero… ¿qué vas a hacer?

—Voy a matar a un hombre que tiene un revólver en la mano para defenderse.

—¡Estás loco! ¡Johnny Gaskell te matará! ¡Y yo celebraré mil veces el que te mate!

Los disparos atronaban la calle, ahora mucho más cerca. Monty abrió la puerta secamente y salió al exterior.

Desde el umbral se volvió por última vez para mirarla.

—¿Crees de veras que Johnny Gaskell me matará?

—¿Es que a ti mismo te cabe alguna duda, loco?

—En tal caso, espero que de vez en cuando pongas llores en mi tumba —sonrió él—. Camelias. Las camelias son mis flores predilectas.

Le volvió la espalda definitivamente y descendió a la calle. Camelia, como hipnotizada por el espectáculo que veía avecinarse, descendió tras él. Todo Dallas parecía haberse convertido en un hervidero.

Había docenas de hombres y mujeres en los porches. En realidad todo el mundo había abandonado el centro de la calle para buscar alguna clase de protección contra lo que se avecinaba. Y por el centro de esa calle, buscando la barra de un saloon a la que estaban atados varios caballos, avanzaba Johnny Gaskell con un revólver en cada mano. Al fondo de la calle, tras él, se veía a cuatro hombres revolviéndose sobre el polvo, a punto de morir.

Había una salvaje decisión de matar impresa en el rostro de Johnny, y nadie en Dallas se atrevía a cortar el paso fatídico de aquella especie de diablo.

Monty Carey, con las manos a la altura de las caderas, se situó, poco a poco, en el centro de la calle.

El paso quedaba cortado para el fugitivo. Tendría que matar a

Monty si quería llegar hasta los caballos.

Gaskell torció la boca y preguntó:

—¿Eso es todo lo que Dallas envía para detenerme? ¿Es que te ha dejado olvidado el servicio de recogida de basuras, Monty?

—Nos recogerán a los dos juntos para ahorrarse trabajo, Gaskell. Por eso te invito a que te quedes.

Camelia, como hipnotizada y aturdida, asistía a aquel diálogo desde uno de los porches.

—¿Es que esperas matarme, Carey? —preguntó con voz que parecía una carcajada.

—Primero te desarmaré. En cuanto a matarte, depende de ti. Si te estás quieto puede que me dé pereza apretar el gatillo y no te ocurra nada.

Gaskell lanzó un rugido y movió ambos revólveres a la vez, para disparar. No dio a su enemigo ni siquiera la oportunidad de «sacar». De la multitud partió un grito al presenciar la salvaje maniobra.

Pero Monty Carey hizo algo que nadie esperaba que pudiese hacer. Se ladeó con una velocidad fantástica, alucinante, y el revólver pareció saltar sólo impulsado por el sabio movimiento de la cadera. Dos llamaradas brotaron de aquel «Colt» color negro antes de que el mismo Gaskell pudiera disparar. Y de la multitud partió un grito, a un tiempo, de admiración y de horror al ver que los dos revólveres de Gaskell saltaban hechos pedazos, sin que en las manos del pistolero se hubiesen marcado más que dos trazos de sangre.

El mismo Gaskell lanzó un grito. No podía creer lo que estaba viendo, y todavía le era imposible concebir cómo su enemigo podía haberse movido tan rápidamente. Miró como hipnotizado sus revólveres inservibles y sus manos que empezaban a sangrar.

—Vas a volver a la cárcel, Gaskell —ordenó Monty—. Y vas a ser juzgado como asesino.

Todo el mundo, y de un modo principal la misma Camelia Winter, creyó que aquello estaba terminado. Pero entonces sucedió algo salvaje, inaudito, que nadie se hubiese atrevido a esperar.

Desde uno de los porches laterales comenzaron a brotar llamaradas. Varias de las personas que se encontraban allí cayeron alcanzadas por el plomo, y se produjo un movimiento de horror. Los gritos atronaron en la calle, dominando casi el fragor de los

disparos. Pero éstos se hicieron más compactos y barrieron enteramente el trozo de calle donde se encontraban Monty Carey y el pistolero Johnny Gaskell.

Pero lo que Monty advirtió inmediatamente fue que los disparos no iban dirigidos a Gaskell, sino exclusivamente a él. Y de no ser por la multitud que se arremolinaba en aquel sector, ya le habrían alcanzado.

Un grupo de asesinos se habían abatido sobre Dallas como los buitres sobre un cadáver.

Monty saltó, tratando de esquivar los balazos, pero sin saber exactamente desde dónde tiraban. Aquello era una auténtica cacería, y él, al parecer, era la pieza que aquellos asesinos intentaban cobrar. Dos balas levantaron surtidores de polvo junto a sus pies, le agujerearon la camisa y silbaron junto a sus sienes. Cuando cayó sobre las tablas de un porche, que había quedado instantáneamente vacío, aún no estaba seguro de no haber sido alcanzado por alguna bala. Vio que brotaba sangre de diversos puntos de su cuerpo, pero como podía moverse pensó que debían ser simples rozaduras. Otro proyectil le arrancó algunos cabellos y entonces Monty se arrojó sobre la puerta más cercaría, que era la de un *saloon*.

Éste se hallaba vacío, a excepción de una mesa ocupada por cuatro individuos que estaban jugando a cartas, y que continuaron su partida sin enterarse de nada de lo que ocurría a su alrededor.

Monty se dio cuenta entonces de que no llevaba revólver. Lo había perdido al saltar o se lo había arrancado una bala. Esto último parecía lo más probable, porque llevaba la mano derecha bañada en sangre. Con voz enérgica pidió:

—¡Pronto! ¡Un revólver!

Uno de los jugadores, sin volverse, extrajo el suyo y lo arrojó al suelo, a su espalda.

—¡Toma! ¡Y no molestes tanto, caray!

Monty lo empuñó, comprobó con un rápido movimiento que la carga estaba completa y corrió hacia la puerta para defender a balazos su vida. Pero en ese momento casi tropezó con Camelia Winter, que entraba. La muchacha debía haber sido rozada por un balazo y tenía en su mejilla un leve rastro de sangre.

—¡Esto es una carnicería! —gritó—. ¡Están tirando contra la

gente a mansalva! ¡Parece como si quisieran asesinar a toda la ciudad!

—¡Me gustaría saber quién ha organizado esto! —Silbó Monty —. ¡Me gustaría saberlo para clavarle una bala entre las cejas!

Las balas estaban astillando los cristales del *saloon*. Un grupo de al menos cinco o seis hombres le había puesto cerco.

—Apártate de ahí —silbó Monty.

Se colocó a un lado de los batientes y esperó a que las mismas balas de sus enemigos los empujaran. Una andanada se abatió sobre ellos, y pareció como si un viento huracanado los hiciera oscilar. Monty vio fugazmente una silueta agazapada que corría hacia allí, armada con un rifle, y disparó una sola vez. La silueta se estremeció, alcanzada por la bala en pleno cráneo.

Monty cambió de lugar, sin darse cuenta de que Camelia le seguía. Fue hasta una de las ventanas y vio otra silueta que trataba de parapetarse tras una columna del porche. Mientras el hombre corría, Monty hizo fuego otra vez. Y lo que llegó a la columna fue solo un cadáver cuya boca despedía sangre.

El saloon estaba prácticamente cercado. Las balas silbaban en todas direcciones, a pesar de lo cual los cuatro individuos de la partida seguían sin enterarse de nada.

—¿Hay alguna puerta trasera? —preguntó Camelia en voz baja.

—¿Por qué? ¿Es que ahora, de repente, te sabe mal que me maten? Muy conmovedor.

—No quiero tener que gastar nada en flores para tu tumba — dijo ella, ofendida por el tono burlón de la voz del hombre—. Por eso te pregunto si hay aquí alguna salida trasera.

—Ninguna. He tenido la desgracia de meterme en un tugurio que sólo tiene una puerta. Voy a tener que salir por ahí… —señaló los batientes—, vivo o muerto.

Se acercó a otra ventana, por la que en ese momento iba ya a entrar otro de los asaltantes. Monty le descerrajó una bala en plena cara, y el disparo se mezcló con un grito de horror.

Tuvo que volverse instantáneamente, porque alguien más acababa de penetrar por la puerta. Su giro fue una torsión de acróbata, una verdadera maravilla que hizo prestar atención incluso a los hombres de la partida de naipes. El que acababa de entrar disparó, pero su bala se perdió en el vacío. La de Monty Carey

penetró aullando hasta el fondo de su corazón.

El hombre sintió que una mano nerviosa se posaba entonces en su espalda. Una mano fina y suave, pero donde latía una oculta pasión.

—¿Dónde aprendiste a tirar de esa manera, Monty? —susurró tras él Camelia Winter—. ¿Qué has sido tú antes de que el destino te convirtiera en el fiscal de Dallas?

—Pistolero profesional —susurró él—. Toda mi perra vida me he ganado el perro pan haciendo trabajar a mi perro gatillo.

El tiroteo había cesado de repente. Parecía como si los sitiadores, después de sufrir bajas tan rápidamente, hubieran decidido retirarse. Monty no se fiaba y siguió con el revólver a punto. No le gustaban aquella quietud ni aquel silencio.

Hasta que de improviso vio correr a dos hombres que traían a otro exánime entre sus brazos. Se dirigían hacia el *saloon*, y entonces no le cupo duda a Monty de que sus enemigos se habían retirado ya.

—Cuidado, Camelia.

Los hombres entraron. Lo que llevaban entre sus brazos era un cadáver acribillado por las balas.

—Es la primera víctima de Johnny Gaskell —dijo uno de ellos—. Lo ha matado por la espalda.

Y Camelia Winter, con un grito de horror, reconoció al guardián viejo que antes intercedió para que la dejasen entrar en la cárcel.

CAPÍTULO VI

La ciudad, después de aquello, pareció cambiar. Cualquiera hubiese dicho que era una pacífica villa de la costa del Atlántico, cuyos habitantes no sabían lo que era un disparo de revólver. Pero esto duró veinticuatro horas solamente.

Justamente un día después de pelear Monty Carey en el *saloon*, sucedieron cosas otra vez.

El *sheriff* se presentó en casa de Mónica Kley donde por el momento vivía Camelia, y preguntó por la muchacha.

—No quiere salir de su habitación —dijo Mónica con un cierto ademán de indiferencia—. No sé para qué le sirve su libertad si sólo la emplea en eso. No quiere ni probar la comida y yo diría que aquí está muchísimo peor que en el penal. Si usted puede convencerla para que cambie de vida, hágalo, *sheriff*. Lo necesita.

—Esa muchacha sólo nos ha traído conflictos desde que llegó a Dallas. Hubiese sido mejor un ciclón o una punta de ganado en estampida por la calle principal, digo yo. ¿No han visto por aquí ni rastro de ese buitre llamado Gaskell?

—Los tipos como Gaskell no rondan esta casa. Pero si se acerca por aquí le avisaré.

—Gracias, no es necesario. Dudo que le quede tiempo de avisarme si Gaskell viene por aquí.

A continuación el *sheriff* dio una vuelta por los alrededores de la casa y se convenció de que allí sólo había tres o cuatro hombres en condiciones de empuñar las armas. Esto le reafirmó en el primer deseo que ya tenía, que era el de ver a Monty Carey.

Monty vivía en un modesto hotel situado en la calle principal de Dallas. Ocupaba sólo una habitación donde apenas recibía visitas, y donde era fácil encontrarle si no tenía algún trabajo especial. El

sheriff regresó a la ciudad y fue, pues, al hotel donde se hospedaba Monty. Ese hotel se llamaba *La Tranquilidad*, y era fama que en el *saloon* que había en su planta baja moría al menos un hombre cada noche.

Monty estaba repasando su revólver cuando el de la estrella pidió permiso para entrar en la habitación. Se quedó boquiabierto al ver al fiscal revisando un arma.

—Yo creí que eso ya había terminado, señor Carey. ¿Es que piensa matar a más hombres de los que mató ayer?

—Puede que sea necesario.

—Nunca había visto tantos cadáveres juntos en la calle. Parecía como si allí se acabase de declarar una verdadera guerra. ¿A cuántos hombres despachó usted?

—No llevo nunca la cuenta de esas cosas. Unos cuantos. Creo que todos los que quisieron despacharme a mí.

—Excepto Johnny Gaskell…

—Excepto Johnny Gaskell, por supuesto.

Monty dejó el revólver sobre una mesa y se puso en pie, acercándose al *sheriff*.

—Explíqueme todo lo que ocurrió. ¿Dónde estaba usted cuando Gaskell inició su fuga?

—En el *saloon* de Gizel, que está casi enfrente de la cárcel. Como guardián sólo había quedado Jonathan durante una media hora. De repente oí una serie de disparos y vi a Gaskell que salía, llevando como escudo al cuerpo de Jonathan. Éste ya estaba herido, pero aun así no me atreví a disparar para no rematarle. Si he de decir la verdad, añadiré que Gaskell tiraba tan bien que durante unos instantes todos los que salimos del *saloon* sólo pensamos en cobijarnos y ponernos a salvo de sus balas.

—¿Cómo cree que pudo suceder todo aquello?

—Sencillamente, esa mujer, Camelia Winter, pidió permiso para ver el preso y fui lo bastante estúpido para concedérselo. Debió darle un revólver, no sé cómo, y Gaskell no perdió tiempo. Mientras yo estaba en el *saloon* debió llamar a Jonathan para pedirle algo. Lo atrajo hasta los barrotes, lo encañonó y logró apoderarse de sus llaves. El resto ya lo conoce. Pero lo más miserable y vergonzoso de todo fue el que Gaskell matara a un pobre viejo como Jonathan, que además no debió resistirse mucho cuando él le encañonó.

Monty dejó una breve pausa en la conversación, y luego sus ojos grises se posaron en los del *sheriff*.

—¿Qué pena cree que merece Camelia Winter?

—Ésa no es cuestión mía, sino suya y del juez. Pero por lo que a mí me atañe debo procurar que esté segura para cuando se le exijan responsabilidades por ese nuevo delito. Vengo de casa de Mónica Kley y he llegado a la conclusión de que Johnny Gaskell puede raptarla de allí cuando quiera. O más sencillamente: ella puede marcharse cuando le venga en gana de aquella casa.

—Y esquivar el retorno al penal. Es eso lo que piensa, ¿verdad, *sheriff*? Piensa que Texas es una tierra demasiado grande y que Johnny Gaskell y Camelia Winter pueden ocultarse en ella todo el tiempo que les venga en gana.

—Exactamente. Y por eso estoy aquí.

—¿Qué quiere proponerme?

—Hemos de encerrar a Camelia Winter. La tendremos entre rejas por lo menos hasta pasado mañana, en que saldrá una diligencia custodiada. Entonces habrá llegado el momento de devolverla al penal. Aunque tampoco es mala idea el retenerla allí como cebo para que se acerque Johnny Gaskell.

Monty se acarició la barbilla pensativamente, según uno de sus gestos habituales. Sus ojos, entretanto, despedían un brillo que hubiera podido calificarse de siniestro.

—Esa mujer debía estar en libertad durante siete días, no lo olvidemos. Me inclino por la segunda solución.

—Pero ha cometido nuevos delitos, y si en esta ciudad la gente se desmanda un poco, la lincharán. En su propio beneficio debemos encerrarla en la cárcel.

—No creo que esté allí muy segura, *sheriff*. La cárcel es un sitio que llama demasiado la atención. Prefiero mantenerla allí y vigilarla yo mismo, aunque eso le parezca ahora una tontería.

—La única tontería sería descuidar la vigilancia. Bajo su responsabilidad toma usted las medidas que crea más convenientes.

—La tendré en observación día y noche.

El *sheriff* dio media vuelta y se dispuso a salir. Monty se lo impidió con una pregunta:

—¿Ha detenido usted a alguien, *sheriff*?

—¿Qué quiere decir?

—Un grupo organizado disparó ayer contra la multitud, cometiendo un verdadero asesinato en masa con tal de salvar a Gaskell. Probablemente esa banda quería libertarle, pero Camelia se adelantó. ¿Qué sabe usted de los hombres que la componían? ¿Qué ha podido averiguar?

—Podían ser miembros de la banda del mismo Gaskell… —expuso el *sheriff* sin demasiada convicción.

—No, no lo eran, porque yo mismo deshice esa banda el mismo día en que puso los pies aquí. Gaskell no ha tenido tiempo de organizar otra. Pero cuenta con algún amigo influyente en la población, alguien capaz de reclutar hombres, repartir dinero a manos llenas y asesinar sin miedo a las consecuencias. ¿Sospecha usted quién pueda ser?

—No he tenido tiempo de averiguar nada.

—¿Quiénes eran los hombres a quienes tuve que matar? Quizá eso nos aclare algo.

—Eran completamente desconocidos en la población. No los había visto en Dallas en toda mi vida.

—Eso no facilita mucho las cosas. En fin, *sheriff*, no pensemos más en este asunto por ahora. Voy en busca de Camelia Winter para tenerla a buen recaudo. Si no me ocupé de eso ayer mismo fue porque la vi realmente impresionada ante la muerte del viejo Jonathan, y no quise complicar las cosas poniéndole guardias de vista.

El *sheriff* saludó llevándose una mano al ala de su sombrero, y poco después se oían sus pasos en el porche del hotel. Monty se ciñó el cinturón canana, dirigió una última mirada a los revólveres, que eran nuevos, y salió también de la habitación.

Quince minutos después llegaba a galope a la casa de Mónica Kley. Encontró ante el porche un lujoso carruaje de dos caballos al que se disponía a subir el senador Reynols, el mismo que amenazara con un revólver a Camelia cuando ésta iba a salvar a Gaskell.

Monty le saludó llevándose una mano al ala derecha de su sombrero.

—No esperaba verle por aquí, senador. ¿Qué ocurre?

—Nada. He venido a hacer una visita a Mónica Kley. Una visita de cortesía; ya sabe usted lo que son esas cosas.

—Lo comprendo, senador. ¿Qué piensa usted hacer ante el

estado de cosas que reina en la ciudad?

—Estoy redactando un informe al Gobierno. Pediré que envíen a Dallas fuerzas del Ejército, o mejor, que nos autoricen a nombrar un número ilimitado de comisarios. Hay que actuar con mano dura, y si lo que la ciudad necesita son pistoleros para que la defiendan, buscaré pistoleros aunque sea debajo de las piedras.

—Los pistoleros no se ocultan tanto, senador. Los encontrará fácilmente. Si desea algo de mí, sabe que estoy a sus órdenes. Pero recuerde que si se nombra algún nuevo comisario hay que hacer antes un examen muy detallado de sus antecedentes. Ninguna persona sospechosa puede empuñar en Dallas los revólveres en defensa de la ley, como agente de la misma. Sabe que hay un decreto que lo dispone así.

—¡Bah, haré que anulen ese decreto! En Dallas hacen falta medidas de urgencia, y si no lo cree así fíjese en lo que ocurrió ayer. Cualquiera que sepa empuñar los revólveres y se comprometa a defender la ley, es bueno.

—Me opondré a la anulación de ese decreto, senador. Prefiero que Dallas no tenga alguaciles a que tenga alguaciles sospechosos.

El senador Reynols torció el gesto, fue a decir algo y al fin se mordió los labios y se encogió de hombros.

—Ya discutiremos eso a su debido tiempo, Carey. Ahora permita que me despida. Tengo mucho que hacer.

Su pesada humanidad terminó de trepar al carruaje y excitó a los caballos con mano dura, haciéndolos volar por el camino que conducía a Dallas. Monty no se lo quedó mirando ni un solo instante porque aquel hombre no le importaba. Entró en el gran vestíbulo de la casa y allí encontró a Mónica Kley haciendo toda clase de esfuerzos para contener la risa.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Tan cómico te hemos parecido Reynols y yo mientras hablábamos?

Mónica se secó dos lágrimas de hilaridad que habían brotado de sus ojos. Aún tardó unos instantes en serenarse, y al fin explicó:

—El senador Reynols ha venido a declararme su amor.

—¿Quéeeee…?

—Lo mismo que oyes. Ha dicho que soy la mujer de su vida y que quiere casarse conmigo.

—¡Pero si hasta ahora Reynols apenas te había dirigido la

palabra!

—No, pero me escribía cartas. Aunque por discreción yo no he hablado de eso, tengo varias cartas volcánicas y apasionadas en una cajita de piel en mi armario. Reynols nunca se había atrevido a hablarme de eso cara a cara, pero hoy lo ha hecho. Dice que no puede soportar más mi indiferencia, y que por encima de todo debo casarme con él.

La muchacha seguía riendo. Monty, sin el menor asomo de risa en su semblante, preguntó:

—¿Qué le has contestado tú?

—¿Y qué le voy a contestar? ¿No ves que me estoy riendo?

—Si te has reído delante de él, no te lo perdonará. Reynols es un mal enemigo, Mónica.

—¿Crees que le tengo miedo? Pertenezco a una de las familias más poderosas de Dallas, y me río también del daño que ese hombre pueda hacerme. Mi corazón no es para él, Monty.

—¿Para quién es entonces? No sabía que tuviese dueño.

Mónica Kley entrecerró los ojos.

—Su dueño eres tú, amor mío.

* * *

Una de las puertas del vestíbulo se abrió en ese momento. En el umbral apareció Camelia Winter.

Vestía de negro, y ello realzaba aún más la maravillosa belleza de su figura. Aunque estaba algo pálida, sus labios sonreían con una especie de desafío hacia todos.

Era evidente que acababa de oír la última frase. Mónica se mordió los labios, y se produjo un instante de embarazoso silencio que al fin rompió la misma Mónica:

—¿Qué te ocurre, Camelia? ¿Todo el día encerrada en tu habitación, sin comer siquiera, y se te ocurre salir ahora?

—He visto llegar a Monty Carey.

—¿Y qué?

—Sé que viene a detenerme. Lo extraño es que no lo hiciera ayer mismo. Y no quiero hacerle perder tiempo.

Monty admiró en contra de su voluntad aquella arrogancia indómita, aquella extraña majestad que tenía Camelia y que él sabía

que no iba a hallar en ninguna otra mujer del mundo.

—Yo no detengo a la gente, Camelia —sonrió—, pero sí he venido a rogarte que me acompañes. Bien pensado, ya no quiero retenerte aquí.

—¿Que te acompañe? ¿Adonde? ¿A la cárcel?

—No, a mi hotel. Vamos a vivir una aventura romántica Siento tanto interés por ti que no puedo tenerte lejos.

—También tienes lejos a Mónica y…

No supo por qué lo había dicho. En el instante mismo de pronunciar esa frase se había arrepentido ya. Se mordió los labios y cerró los ojos un instante, como para hacer volver atrás sus pensamientos.

—Debo estar enamorado de ti más que de ella —dijo Monty con indiferencia—. Lo cierto es que me gustaría verte cerca de mí. Tu lejanía, ¿sabes?, no me deja conciliar el sueño.

Mónica, con una sonrisa suave y perfectamente aristocrática, dijo:

—Parece como si hablaras en serio, Monty…

—Yo siempre hablo en serio, Mónica. ¿Quieres acompañarme, Camelia? No tenemos mucho tiempo para perder.

—Sí, ya sé. Quieres devolverme el penal en seguida.

—Puede que sí o puede que no, como en las adivinanzas. De momento te ruego que me acompañes.

Dirigió una sonrisa a Mónica, que le correspondió en igual forma, y salieron. Un instante después habían montado en el caballo de Monty. —Camelia a la grupa— y emprendían al trote largo el camino hacia Dallas.

Desde la cima de una pequeña colina que dominaba el rancho, un hombre que estaba apostado entre unos arbustos gateó, retrocediendo, e hizo una seña a tres jinetes que aguardaban al otro lado.

—Esa muchacha acaba de salir, jefe. Va a Dallas. Si usted quiere algo tendrá que buscarla allí.

Johnny Gaskell, que era el más alto de aquellos jinetes, torció la boca para sonreír.

—Iré allí —murmuró—. Y pronto se convencerá Monty Carey de que Dallas es para él una ciudad perdida.

* * *

Aminoraron el trote al entrar en la ciudad, terminando por poner el caballo al paso. En las calles se notaba un ambiente extraño, como si todo el mundo esperara graves acontecimientos. Monty, mirando por encima del hombro, se dio cuenta de que Camelia lo contemplaba todo con gran atención, y se dijo que la muchacha debía estar pensando en algún plan de fuga. Pero Camelia era, sobre todo, una mujer, y Monty se convenció de que las mujeres piensan de forma distinta que los hombres cuando ella le preguntó:

—¿De modo que Mónica Kley está enamorada de ti?

—¿Por qué dices eso?

—Por las palabras que pronunció cuando yo iba a entrar en la habitación. Dijo que su corazón era tuyo.

—Mónica y yo tenemos una buena amistad desde que fui pistolero a las órdenes de su padre, pero eso es todo.

—Y si fuiste pistolero, ¿cómo llegaron a elegirte fiscal?

—Porque durante una larga etapa de mi vida, hasta que tuve la desgracia de matar a un hombre en duelo, estudié en una Universidad del Este. Y porque luego, cuando me vi obligado a ser en Texas un pistolero más, puse mis revólveres al servicio de la gente honrada. En este condado hacía falta que el fiscal fuera un hombre joven y decidido, y me eligieron a mí. No es que este muy contento con mi destino, pero he tenido que aceptarlo.

—¿Y Mónica está enamorada de ti desde que pusiste el pie en su rancho?

—Te he dicho que tenemos una buena amistad, pero nada más que eso.

—¿Por qué le has dicho que estabas enamorado de mi más que de ella?

—Debe ser porque es cierto. Yo amo todas las cosas emocionantes y peligrosas, y tú lo eres.

Notó que en los labios de Camelia se había dibujado como un rictus de tristeza.

—Tú debiste venir a Dallas cuando yo ya estaba en el penal —susurró—. Por eso no sabes que yo soy una mujer maldita.

—¿Lo dices por haber estado entre rejas?

—No, no lo digo por eso. Acepté la responsabilidad de un crimen que no había cometido, y en conciencia creo que no soy como la mayoría de las otras mujeres a las que conocí en el penal. Pero te he dicho que estoy maldita a causa de mi noviazgo con Johnny Gaskell.

—He de reconocer que Johnny Gaskell es un hombre arrogante —dijo Monty con indiferencia.

—Kley, mi tío con el que viví como tú sabes, prohibió nuestras relaciones desde el primer momento. Dijo que Gaskell era un granuja que vivía matando, y efectivamente he de reconocer que es así, si medito fríamente. Pero Johnny Gaskell era para mí el hombre más valiente y más extraordinario que había conocido Significaba la aventura, la libertad absoluta y todas esas cosas que una muchacha de buena familia sueña, quizá porque sabe que no las vivirá nunca. Estaba enamorada de él y no me avergüenza confesarlo, porque es cierto. Pero eso mismo hace que sea una mujer maldita para los demás hombres. Johnny Gaskell me ha besado.

Creyó notar que en los hombros de Monty Carey se producía como un leve estremecimiento, pero quizá fue imaginación suya. En ese momento el caballo se detuvo porque acababan de llegar frente al hotel.

Monty la ayudó a descender y entraron en el vestíbulo, El joven dijo al encargado de la recepción:

—Ésta es la señorita Winter. Viene conmigo.

—Perfectamente. Puedo darle la habitación número cinco, en el primer piso. Puede acompañarla usted mismo, puesto que ya conoce el hotel.

Monte subió, junto con la muchacha, acompañándola a la habitación indicada. Ésta tenía la llave en la puerta. Entraron, y Camelia vio que era una pieza alegre, soleada, con dos ventanas a la calle. Avanzó unos pasos, corrió las cortinillas y luego se volvió hacia el hombre.

—¿Por qué haces todo esto, Monty?

—Para que Johnny Gaskell no pueda volverte a besarte.

—¿Y si yo lo deseara?

Monty quiso sonreír con indiferencia, pero en realidad su sonrisa fue cansada y triste.

—Imagina que Gaskell querrá pedirte que huyas con él. Y si te

niegas, te raptará a la fuerza.

—Es que si me lo pide no me negaré.

—Haciéndolo así obtendrías la libertad, Camelia, pero sería a costa de tu misma vida. Tendrías que sufrir el peor de los destinos cuando Johnny Gaskell se cansara de ti. E incluso antes de que se cansara. No es agradable ser la compañera de un coyote fugitivo.

—Y si él es un coyote fugitivo, ¿qué soy yo? ¿No soy una mujer maldita a la que tuvieron que arrojar de su propia casa?

—Parece como si tuvieras interés en denigrarte a ti misma, Camelia. Da la sensación de que te gusta que yo te desprecie.

La mujer dio unos pasos a lo largo de la habitación, y Monty tuvo que cerrar los ojos para no ver aquella figura maravillosa y no mirar los labios que otro había besado. Luego Camelia le miró a él, y en sus ojos hubo como una chispa de dolor.

—Quiero que me desprecies, Monty, porque sería terrible que llegaras a interesarte por mí.

Estaba muy cerca de él, y un silencio extraño, irreal, parecía envolverles. La mano derecha de Monty se movió en contra de su voluntad, y sus dedos se cerraron sobre el hombro mórbido de Camelia.

Ésta bajó los ojos.

—¿Por qué pediste la revisión de mi causa para que me condenaran a muerte, Monty? ¿Por qué esa crueldad? ¿Y no te das cuenta de que si has cambiado de opinión al darte cuenta de que soy hermosa y joven, estás cometiendo una indignidad? La justicia tiene que ser igual para los viejos y para los jóvenes, para las muchachas y para las mujeres decrépitas.

—No te entiendo —musitó él—. ¿Quién te ha dicho que yo quería hacerte condenar a muerte?

—Eso es lo lógico, cuando la revisión del proceso la pide al fiscal. El fiscal nunca actúa para pedir una pena inferior.

—Eso era una leyenda, muchacha —susurró Monty—. Un fiscal puede recurrir contra toda sentencia que considere injusta. Y yo recurrí contra la tuya, y solicité revisión, por entender que el veredicto del jurado, que fue «culpable con atenuantes», debió haber sido… inocente. El director del penal donde estabas recluida tiene copias de todos los documentos en su poder, y allí podrás consultarlos, si vuelves alguna vez. El que yo pidiera la revisión,

unido a la influencia de tu difunto tío, movió a aquel hombre a concederte este permiso, esta especie de pequeña libertad, aun sin haber leído con demasiada atención el proceso. Pero todo esto, Camelia, lo hice no porque fueras hermosa, ni joven, ni porque hubiera en tus labios algo enloquecedor. Lo hice sin conocerte y sólo porque creo en tu inocencia. Y si hasta ahora has pensado que mi intención era condenarte a la horca, puedes empezar a pensar otra cosa.

La soltó, y su mano cayó lentamente a lo largo del cuerpo, hasta chocar con el revólver derecho. Notó que había como un estremecimiento, como un pálpito en los labios de Camelia.

—Monty… —susurró ella—, ¿por qué todo esto? ¿Por qué mi tío dijo en el testamento que yo descubriría al hombre que lo mató?

—No lo sé. Pero lo único que puedo asegurarte es que existe en el testamento otra cláusula que el notario sólo te podrá leer cuando vayas a regresar de nuevo al penal.

—Pero ¿por qué? ¿Qué se persigue con todo esto?

—Yo mismo lo ignoro, ya que desconozco esa cláusula. Pero lo cierto es que tu tío, quien te quería de verdad, tenía un especial interés en que estuvieses libre en Dallas durante una semana. ¿Por qué? Eso lo ignoro. Pero seguramente lo averiguarás tú antes que yo.

Hubo un estremecimiento en los hombros de la muchacha.

—Monty…

—¿Qué?

—Comprendo que Mónica te quiera.

—A mí no me quiere nadie, Camelia, y si no ya lo verás bien pronto. Lo único que la gente pretende de mí es que limpie esta ciudad. Por lo demás, mi vida importa poco.

Fue a abrir la puerta de la habitación, y en ese momento alguien golpeó suavemente en ella.

Monty la abrió del todo. Tres hombres de la guardia personal que el senador Reynols tenía a su servicio, aparecieron en el umbral.

—El senador quiere verle, señor Carey —dijo uno de ellos—. Venga inmediatamente porque ocurren cosas graves en la ciudad.

CAPÍTULO VII

El senador Reynols no vivía en el mismo casco de la población, sino en una magnífica finca de recreo situada a media hora de galope de Dallas.

Era una casa blanca, de dos pisos, con un maravilloso porche que la rodeaba por todas partes y unas cuadras que guardaban los mejores caballos de Texas. Monty se había preguntado algunas veces de dónde sacaba Reynols tanto dinero, pero siempre se contestaba a sí mismo que, aparte su cargo, el senador debía tener una considerable fortuna personal.

Los tres jinetes le condujeron hasta la puerta de la casa. El senador aguardaba en el porche, sentado en una cómoda silla de mimbre. Una pipa de arcilla descansaba entre sus dedos cargados de anillos.

Monty recordó las últimas palabras que había dicho a Camelia Winter: «No te muevas para nada de aquí, ocurra lo que ocurra». Pero lamentó el que aquellos tres hombres la hubiesen visto y supieran ya en qué habitación estaba.

El senador levantó la pipa a manera de saludo, al ver aproximarse a Monty.

—¿Cómo van sus cosas mi querido fiscal? ¿Sigue sin pedir para nadie la pena de muerte?

—La he pedido pata Johnny Gaskell. Pero lo más probable es que sea Johnny quien me ahorque a mí, ¿no cree?

El senador rió ruidosamente, agitando varias veces su pipa de arcilla y lanzando humo por nariz y boca, como si fuera incapaz de contener nada de aire en su voluminoso cuerpo.

—¡Tiene gracia! ¡Johnny! ¡Johnny Gaskell ahorcando al fiscal de Dallas! ¡Sería un espectáculo al que valdría la pena invitar a las

parejas de recién casados y a los niños de las escuelas!

Monty le miraba fijamente.

—¿Sabe que su humor ha cambiado radicalmente en poco tiempo, senador? Cuando salió de la casa de Mónica Kley no estaba usted así.

—¡Oh, cierto! Pero es que yo soy un hombre muy extraño.

Sus facciones se endurecieron de repente, y su boca se plegó como la de un sapo.

—¿Le han dicho mis hombres que están ocurriendo cosas graves en la ciudad, señor Carey?

—Sí.

—Pues bien, ésa es la causa de que le haya llamado. Están ocurriendo cosas tan graves… que usted va a tener que salir de Dallas inmediatamente.

Monty no se alteró. Parecía como si hubiese estado esperando aquello. Con una media sonrisa helada se limitó a preguntar:

—Me ofrece usted la posibilidad de salir de Dallas y seguir vivo o continuar en Dallas y transformarme en un muerto. ¿No es cierto, senador?

—Es usted muy inteligente, señor Carey. En efecto, lo que yo le ofrezco es esa posibilidad de elegir.

—¿Por qué?

—Porque es usted un tipo, ¿cómo diría yo?, demasiado amante de la legalidad a pesar de que hace un par de años era todavía un pistolero. No me gustó lo que dijo sobre la elección de los agentes.

—¿Quiere usted que se nombren sin alguna investigación previa, no es cierto? Desea tener un grupo de pistoleros a sus órdenes «para que la ley en Dallas sea usted y sólo usted».

—Me sigue admirando su inteligencia, señor Carey. Sí, eso es exactamente lo que yo deseo.

—De este modo tendría asegurados los votos para la reelección, dominaría una ciudad rica y próspera y tendría cada vez más influencia en un Estado donde se van descubriendo cada día nuevos yacimientos de petróleo. Usted considera que Dallas es uno de los puntos esenciales que debe tener dominados y no se equivoca. ¿Digo la verdad por ahora, senador?

—Sus palabras son como las de un adivino. Lee usted mis pensamientos, amigo.

—Pero para tener dominada a la ciudad de Dallas le estorbo yo. Ése es un pequeño detalle.

—Justo.

—Y también le estorbo para raptar a Mónica Kley.

El senador Reynols, que tenía la pipa entre los dientes, la partió en dos pedazos sin darse cuenta.

—Está usted diciendo demasiadas cosas. Carey. Puede que al final se me ocurra no dejarle salir de la ciudad. Puede que me parezca más seguro encerrarlo en un ataúd.

—El acabar encerrado en un ataúd es el destino de todos los hombres…, si encuentran quien les pague el ataúd, naturalmente.

—Tú encontrarás quien te lo pague, Carey.

Había tres hombres detrás del prisionero (porque Carey sabía ya que era un prisionero) y los tres actuaron a la vez. Uno de ellos le arrancó los revólveres de las fundas, otro le propinó un mazazo en la nuca con los puños enlazados, y el tercero le sujetó los brazos torciéndoselos a la espada. Actuaron con tal maestría y precisión que Monty Carey no tuvo tiempo de impedir ninguno de aquellos gestos. De todos modos, pensó después, mejor era así, porque al resistirse sólo habría conseguido que se repitiera lo del mazazo en la nuca.

El que le sujetaba los brazos a la espalda se los torció hasta hacerle caer de rodillas.

—¿Está bien así, jefe?

—Está bien así —sonrió secamente Reynols—. No permitas que se levante. No me gusta ver de pie frente a mí a un tipo como Monty Carey.

—Si te parece mejor —ofreció él con una sonrisa burlona— me tumbaré en el suelo y cruzaré los brazos sobre el pecho, como si ya estuviera muerto.

Reynols se levantó bruscamente, con una rapidez que no podía esperarse de un hombre de su edad, y propinó un salvaje puntapié al mentón de Monty Carey. Se produjo un chasquido de huesos y el joven cayó hacia atrás, con los brazos en cruz y un reguero de sangre en los labios. El pistolero, que acababa de soltarlo, fue a sujetarle otra vez, pero Reynols le detuvo con un gesto:

—Déjalo.

Monty se puso en pie poco a poco, llevándose la mano derecha a

la mandíbula dolorida. Sentía en este momento como si cien campanas resonaran dentro de su cráneo, pero sentía latir también dentro de sus venas su vieja sangre de pistolero.

Dirigió al senador Reynols una mirada burlona y cargada de desprecio, como si ya no le importara nada de lo que pudiese suceder.

—No sé si sabrás que en cierto modo dependes de mí, Monty Carey —musitó Reynols con expresión reconcentrada—. Yo soy una verdadera autoridad en Texas. Si intentaras algo contra mi persona verías arruinada para siempre tu carrera política.

Monty, desafiante, le mostró sus manos vacías.

—¿Qué quieres que intente contra tu persona? ¿No estoy en tu guarida y además rodeado por tus pistoleros? ¿Es que todavía tienes miedo?

—No tengo miedo a ti, Monty Carey, ni lo he tenido nunca. Pero me gusta dejar las cosas claramente especificadas. Tú tienes por delante una excelente carrera política, como ya te dije antes.

Monty lanzó una carcajada seca y un poco amarga.

—¿Por qué me dices eso? ¿Cómo voy a poder matarte? ¿Y por qué hablar de una brillante carrera política si sabes que voy a salir de aquí metido en un ataúd? No necesitas burlarte tanto de mí, Reynols.

—Yo no me burlo nunca.

Dejó que Monty se pusiera en pie del todo. Pero apenas lo había hecho cuando los tres pistoleros cayeron de nuevo, sobre él y con una salvaje presa le obligaron a ponerse de rodillas.

—No me perdonarás porque sé demasiado de ti, Reynols —dijo sordamente el joven—. Sé que intentas convertirte en el dueño de Texas gracias a tu cargo y a los revólveres de un grupo de asesinos. Sé que intentas raptar a Mónica Kley, de la cual estás enamorado como un perro, si es que tu amor alcanza la categoría del que un perro pueda sentir. Y sé que tú. Mmmmm…

El nuevo puntapié de Reynols le hizo callar. Su mandíbula pareció ir a partirse en cien pedazos como una copa de cristal. Y un verdadero chorro de sangre comenzó a manar desde sus labios.

Pero continuó hablando, y su mirada gris y metálica fue aún más despiadada que hasta entonces.

—… Sé que tú organizaste un verdadero asesinato colectivo en

las calles de la ciudad, con tal de salvar a Johnny Gaskell. Porque Johnny Gaskell es para ti el elemento más eficaz, aquél en quien confías plenamente. Cuando tú seas gobernador en el Estado más rico de la Unión, él será el jefe de tu guardia personal, o quién sabe si había logrado alcanzar también un asiento en el Senado. ¡Bonito porvenir para Texas!

—¿Tienes algo que oponer, Carey? —preguntó el senador con una sonrisa helada.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿De qué me serviría? ¿No tienes tú ya a miles de personas bajo tus órdenes, y eres más asesino que Gaskell?

Se oyeron rechinar salvajemente los dientes de Reynols.

—Acabad con él.

—¿De qué modo, jefe? —preguntó uno de los pistoleros—. ¿Cómo lo haremos para no despertar sospechas?

—Muy sencillo. Su caballo tiene la cuadra en Dallas, ¿no?

—Seguro.

—Pues estará deseando volver allá. Atáis un pie de Monty al estribo, de modo que quede colgado de él, y excitáis al caballo para que emprenda el galope. Cuando se haya destrozado la cabeza contra las piedras, le desatáis, pero de forma que no se suelte fácilmente. El caballo lo volverá a la ciudad y llevará arrastrando el cadáver. Todos creerán que ha sido un accidente… y si alguien no lo creyera peor para él.

Monty sonrió, y su sonrisa fue como un desafío y como un insulto lanzado a la cara de Reynols.

—¿Por qué no me destrozas la cabeza de un balazo? ¿Es que eres tú el que tiene miedo? ¿Por qué no me despachas de una vez, ahora que entre nosotros las cosas están aclaradas para siempre?

Reynols extrajo de una funda sobaquera un pequeño revólver de plata.

—Puede que lo haga…

—Vamos, dispara. Pero si no te atreves a matar a un hombre que te mira frente a frente, me volveré de espaldas. Los cobardes como tú matan mejor de esa manera.

Se oyeron crujir otra vez los dientes de Reynols, y el pulgar de su mano derecha levantó suavemente el martillo. Pero en ese momento se oyó en la llanura el galope de un caballo.

Todos se volvieron hacia la dirección de donde venía aquel

sonido, y Monty aprovechó para ponerse en pie. Un caballo se acercaba a galope, y en ese caballo iban un hombre y uno mujer.

Johnny Gaskell y Camelia Winter.

Johnny iba vestido con ropas nuevas y estaba reluciente, destacando en su cintura dos maravillosos revólveres trabajados en plata. Camelia llevaba las mismas ropas del hotel. Iba a la grupa del caballo, y un brazo se ceñía a la cintura del pistolero.

Descendieron frente al grupo, y Camelia se encontró entonces con la sonrisa cuadrada de Monty.

—Veo que este joven ha averiguado muy pronto el lugar donde estabas, preciosa —susurró mirando a la mujer.

—No ha sido necesario adivinar nada —se pavoneó Gaskell poniendo los brazos en jarras—. Ella misma me ha llamado haciéndome señas desde una de las ventanas.

—¿Es cierto eso, Camelia? —preguntó Monty palideciendo en contra de su voluntad.

—Si, es cierto.

Monty Carey se encogió de hombros, tratando de no pensar más en ello. Nunca se había fijado de ninguna mujer, y ahora se daba cuenta de que tuvo razón. Si después de esto viviese, se fiaría menos que nunca. Pero ¿de qué iba a servirle pensar a un hombre que estaría muerto dentro de cinco minutos?

—Te deseo que seas muy feliz, Camelia —susurró.

—Claro que lo será, Monty —dijo Johnny Gaskell enfáticamente —. ¿Es que lo dudas?

—¡Oh, no! Tú puedes hacer feliz a cualquier mujer… si le das el placer de dejarte asesinar por ella.

Gaskell crispó los puños, y su brazo derecho salió disparado hacia el rostro de Monty. Éste, que continuaba sujeto por los pistoleros, no pudo evitar el impacto, y el salvaje chasquido de huesos pareció escucharse en toda la pradera. La cabeza del joven cayó inerte por unos instantes, colgando a un lado, y los ojos de Gaskell brillaron al ver lo fácil que iba a ser el nuevo golpe. A pesar del grito de Camelia, lo clavó junto a la sien, y los ojos de Monty quedaron blancos.

—¡Vamos! ¡A caballo! —gritó Reynols—. ¡Nunca me ha gustado perder tiempo, y menos cuando se trata de liquidar a alguien! ¡Atadle bien al estribo y que el caballo lo arrastre!

Uno de sus hombres corrió en busca de la montura. Reynols pregunto a Gaskell:

—¿No quieres ver cómo este hombre llega destrozado a Dallas?

Gaskell contempló a Camelia con una ardiente mirada.

—Tengo cosas más interesantes que ver, senador. ¿No cree, que los labios de esta mujer valen más que la cabeza destrozada de un hombre?

Reynols lanzó una salvaje carcajada, y Gaskell, sujetando a Camelia por la cintura, se la llevo de allí. Pero antes de que se alejaran demasiado fue Camelia la que dijo:

—A mí me gustaría ver cómo matan a ese hombre.

—¿Por qué? ¿Tanto le odias?

—Es lo más aborrecible con que me he encontrado en mi vida.

—Está bien. Puedes presenciar el suplicio. Voy al interior de la casa a ver si encuentro una botella de champaña. Esto, nena, hay que celebrarlo.

Y guiñó un ojo a la muchacha, que correspondió con una estrecha sonrisa.

Monty, con la cabeza caída hacia atrás y las facciones bañadas en sangre, quedó a merced de los tres pistoleros que le sujetaban, de Reynols y de Camelia Winter. De entre todos, tal vez era la mujer la que le miraba con más obsesionante fijeza.

—Al caballo con él.

La montura ya estaba allí, y uno de los pistoleros ya tenía dispuesto el lazo que había de sujetarle al estribo. Monty abrió los ojos, vio ante él a Camelia y sonrió otra vez de aquella manera que parecía un desafío.

—Voy a hacer que la función resulte más divertida para ti, Camelia —dijo.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando sus músculos sufrieron una violenta contracción. Sus brazos giraron de repente, y los pistoleros que le sujetaban, sorprendidos por la rapidez del movimiento, cayeron al suelo lanzando una doble maldición. Reynols se llevó la mano al chaleco y aulló:

—¡Matadle!

Monty levantó la pierna derecha y propinó un salvaje puntapié al abdomen del senador, que cayó retorciéndose al suelo. Pero el joven no se entretuvo en verlo caer, porque tenía otras cosas más

importantes en que pensar. Otro puntapié, ahora propinado con la izquierda, destrozó la mandíbula al pistolero que tenía más cerca. Los otros dos sacaron sus revólveres casi a la vez, y cuando las manos entraron en contacto con las culatas, Monty supo que estaba perdido.

Pero de repente un revólver entró en contacto con su mano derecha. Era un revólver de cañón corto, y fue puesto en sus manos con tanta suavidad que pareció como si un hada lo hubiese hecho brotar allí con su varita mágica.

Los tres disparos de Monty fueron instantáneos. Obró con tan diabólica rapidez que los otros no tuvieron ni tiempo de «sacar». Murieron con el cráneo atravesado, cuando sus dedos acababan de cerrarse sobre las culatas.

Reynols lanzó un alarido. En la casa había más pistoleros dispuestos a ayudarle, pero en aquel terrible momento se encontraba solo. Sólo con su revólver trabajado en plata ante un demonio bañado en sangre.

Su alarido se repitió. Había ya engarbado el revólver y podía tirar con él, pero su pulso se negaba a que disparase él primero. Y se dio cuenta de que cuando Monte Carey tenía esa confianza era porque estaba seguro de vencer.

Logró disparar al fin, mientras gritaba pidiendo auxilio. Creyó que alcanzaría a Monty, pero éste se había movido ya. Y luego el senador Reynols empezó a ver ante sus ojos luces anaranjadas, azuladas, negras.

Sintió los impactos uno tras otro en su cuerpo. Sintió cómo las balas penetraban hasta el fondo de su ser. Una, dos, tres… Y después de las tres balas vino el terrible e impenetrable silencio de la muerte.

CAPÍTULO VIII

Todo esto había sucedido con fantástica rapidez.

Monty mismo, al pensar en lo que acababa de hacer, tuvo como una sensación de vértigo, porque no podía acabar de creer que hubiese logrado eliminar a cuatro hombres en tan poco tiempo. Había salvado la vida por el momento y tenía alguna posibilidad de huir, pero todo lo debía a la persona que en el instante más terrible le había puesto aquel revólver entre los dedos.

Volvió ligeramente la cabeza. Camelia Winter estaba junto a él, muy pálida, y su respiración agitada hacía que su pecho subiera y bajara de una forma casi angustiosa, pero obsesionante. Los labios de la mujer, parecía como si musitaran una plegaria.

—No debiste hacerlo, Camelia —susurró él—. Ninguno de los dos saldremos vivos de aquí. Debiste haber pensado en tu vida.

Hubo una sonrisa triste en los labios de la muchacha.

—Mi vida es algo que ya no tiene apenas valor. ¿Para qué voy a conservarla?

Monty sabía que no tenían tiempo para perder, y que todas las preguntas sobraban en este momento. Sin embargo, dijo algo que, aunque era completamente inútil, le quemaba el corazón:

—¿Hiciste señas a Gaskell para que te encontrara?

—Si.

Notó la terrible expresión de desaliento en los ojos del hombre. Fue una expresión de la que Monty no se dio cuenta, pero que saltó a su rostro como si le hubiesen dado un golpe. Y entonces Camelia añadió:

—Supe que aquellos hombres venían a matarte. Lo supe instintivamente, sólo al ver su aspecto. Pero ignoraba adónde te habían traído, y por eso procuré llamar la atención de Johnny

Gaskell. El me llevaría adonde estuvieses tú, porque debía estar en el secreto de la encerrona. Le dije que quería ver cómo morías. Y llegué a tiempo, Monty…, con este revólver que había escondido entre mis ropas porque sabía que ibas a necesitarlo.

Las facciones del hombre sufrieron una crispación. De repente se dio cuenta ahora de que su vida tenía un sentido, y de que había un nombre, el nombre de Camelia, que podía llenar su existencia entera. Pero va era demasiado tarde.

Estaban rodeados de muertos y ellos mismos iban a morir.

No tenía en su cinto balas del calibre de aquel pequeño revólver. Lo lanzó al suelo, se inclinó para recoger el de uno de los pistoleros muertos y en ese instante la primera bala silbó junto a su cabeza.

—¡Cuidado!

Se lanzó sobre Camelia, apartándola de un empujón, y los dos rodaron por tierra. Otra bala aulló en el aire, un par de pulgadas demasiado alta. Monty vio al pistolero que había hecho fuego, un tipo bajo, grueso, con expresión de gorila, que estaba parapetado tras una de las columnas del porche. El joven disparó dos veces, y las dos veces falló porque el individuo era escurridizo. Pero cuando el pistolero apuntaba para enviar la bala decisiva, Monty logró alcanzarle. La bala penetró un poco por encima de su corazón, le segó la vena cava y le causó la muerte. Pero los disparos de ese pistolero no eran más que un anuncio de lo que se avecinaba.

En la casa debía haber varios hombres armados, y entre ellos estaba Johnny Gaskell: Monty pensó en la muchacha y en lo que sería de ella si la capturaban. Vio, con una especie de alegría frenética, que el caballo al que iban a atarle aún no se había movido de allí.

—¡Huye! —gritó—. ¡Huye!

—Pero…

—¡No pierdas más tiempo! ¡Sálvate tú!

La muchacha se negaba a moverse de allí. Monty tuvo que envolverla en sus brazos y subirla al caballo a viva fuerza. Cuando lo hacía, le recorrió un estremecimiento.

Camelia tardó en darse cuenta de que alguien le había disparado por la espalda, alcanzándole de lleno. Cuando un nuevo chorro de sangre partió de la boca del joven se dio cuenta de que aquello era el fin. Trató de bajar del caballo, pero él la mantuvo en la silla con

todas sus fuerzas, apretando los dientes en una desesperada lucha.

—¡Huye!

El caballo se revolvió, inquieto, cuando una bala pasó entre sus orejas. El oculto tirador había desperdiciado la ocasión de matar a Carey para derribar el caballo y evitar que así huyera la muchacha, pero no lo consiguió por su misma precipitación. Monty, cuyas rodillas vacilaban, giró sobre sí mismo y tiró una sola vez, poniendo todas sus facultades en aquel disparo a vida o muerte. El hombre que acababa de salir por una de las puertas de la casa se encogió instantáneamente, se dobló sobre sí mismo y cayó rodando sobre el porche, tiñendo de rojo las maderas pintadas de blanco.

Camelia aún trató de descender del caballo. Se oyó su voz angustiada mientras gritaba:

—¡Monty…!

El gastó su quinta bala para clavarla en el polvo, entre las patas del animal. Quería asustarlo y que emprendiese un desenfrenado galope. Y, en efecto, el caballo salió disparado hacia la llanura, con la boca babeante y los ojos casi salidos de las órbitas. Monty Carey sonrió al pensar que ya nadie le alcanzaría.

Dio un traspié e intentó llegar hasta el ángulo de la casa, mientras febrilmente recargaba el revólver. Sabía que iba a morir y que aquélla era la última aventura de su vida, pero quería terminarla bien. Es decir, no quería atravesar sólo las fronteras del Más Allá, sino en compañía de toda aquella legión de buitres. Cuando un hombre muere acompañado, pensaba Carey, muere más tranquilo.

Se oía un estrépito formidable dentro de la casa. Todos los pistoleros que había en ella, y que formaban la tropa con la que Reynols pensó adueñarse de Dallas, debían ahora estar poniéndose en pie de guerra.

Johnny Gaskell estaría entre ellos. Monty pensó en dedicarle la última bala. Se prometió no caer mientras Gaskell no hubiera probado el plomo de su revólver. Pero notaba que sus piernas vacilaban, y sostenerse en pie le era cada vez más difícil.

Se dejó caer a tierra, al llegar al ángulo del edificio. Le costaba respirar, pero advirtió al cabo de unos instantes que la bala no le había perforado el pulmón, porque la hemorragia había cesado. A pesar del esfuerzo que le costaba tomar aire, no sentía en el pecho

más escozor que el causado por la fatiga. En cambio no podía apenas mover el brazo izquierdo, y se dio cuenta de que la bala había quedado detenida en su omóplato, sin penetrar más allá. Pero sabía que estaba lo bastante indefenso como para que aquélla fuese la última pelea de su vida.

Terminó de recargar el revólver. Se puso en pie poco a poco y aguardó. Ningún pistolero salió por la puerta.

Todos eran demasiado astutos para arriesgarse. Monty oyó pasos en el tejado de la casa, y luego voces.

—¡Ha matado al senador!

—¡Ese individuo está oculto! ¡Cuidado!

La voz de Gaskell ordenó:

—No salgáis todavía. Ese tipo debe estar apostado y con los revólveres a punto. Vigilad desde las ventanas.

Luego comentó:

—No me disgusta que hayan matado al senador. Así ahora soy el jefe.

Monty sentía que la sangre se deslizaba por su espalda. A cada minuto que pasara iba a sentirse más débil y menores serían las probabilidades de matar a Gaskell. Puesto que ésta era su última pelea, tendría que ir a su encuentro y morir dignamente.

Tranquilamente entró en la casa por una de las ventanas. Estaba tan seguro de que aquello era el fin que no le importaba no tomar ninguna clase de precauciones. Entró en una lujosa habitación donde había un piano y varias butacas, y sin detenerse se encaminó hacia una puerta al fondo abriéndola rápidamente.

El pistolero que estaba tras ella, y que iba a entrar en la habitación, lanzó un alarido. Casi a la vez dispararon los dos, pero Monty lo hizo primero y tuvo tiempo de apartarse inmediatamente. La bala le rozó de tal modo que partió en dos la hebilla de su cinturón canana.

El pistolero había caído con el estómago atravesado. Monty salió a un pasillo interior, bastante oscuro, cuyas sombras eran disipadas en parte por una lámpara de petróleo colgada del techo. Sólo quería eliminar a Johnny Gaskell, y no le interesaba disparar contra nadie más. Haber tenido que matar a otro hombre le causaba como una sorda sensación de repugnancia.

La puerta que se hallaba al fondo del pasillo se abrió de repente,

y entonces apareció Gaskell.

Sus facciones estaban contraídas en una mueca satánica, y llevaba un revólver en cada mano. Monty, que tenía la ventaja por haberle visto antes, trató de levantar el revólver y de mantenerlo en línea de tiro, pero su esfuerzo desesperado resultó estéril. Sus músculos no le obedecían. Apretó los dientes y trató de pensar que allí se encontraba Gaskell y que no tendría otra ocasión para acabar con él. Pero fue inútil, porque a pesar de todos sus esfuerzos el arma le resbalaba de entre los dedos.

Johnny Gaskell hizo un disparo, pero con excesiva precipitación. Monty se había pegado a la pared y la bala sólo le rozó. El a su vez hizo fuego, pero sin saber adónde tiraba porque su vista se había nublado. Al ver una gran llamarada ante él se dio cuenta de que había alcanzado el farol de petróleo.

Dos balas, en efecto, habían alcanzado el depósito y provocado el incendio. En aquel piso de madera las llamas se extendieron con inusitada rapidez. Al otro lado de la hoguera se oyó la voz ronca de Gaskell:

—¡Que no escapé! ¡Acorralad la casa!

Monty no veía apenas porque se lo impedía el humo. Empujó con un hombro la puerta de la habitación por la que acababa de salir y saltó luego la ventana. Los pistoleros de Gaskell se dedicaban ahora a cribar el pasillo, con la esperanza de que aún estuviera allí. Monty, dando traspiés, corrió hacia otra fachada de la casa para desorientar a sus perseguidores. Vio entonces allí el carruaje con los dos caballos del senador Reynols.

Dificultosamente, pero con gran rapidez, subió a él y excitó a los animales con un grito y un disparo entre las piernas. Desde el suelo del carruaje, cuando éste arrancaba, hizo fuego contra la casa. Un pistolero que intentaba tirar contra los caballos, desde el tejado, cayó alcanzado en el pecho y se desplomó hasta el suelo lanzando un alarido.

Los caballos volaban a través de la llanura, completamente desbocados, sin dirección fija. Monty tiró de las riendas con todas sus fuerzas e intentó hacerles tomar la senda de la ciudad. A su espalda se oyeron disparos y la voz de Gaskell:

—¡Seguidle!

El galope pareció atronar la llanura. Monty se alegró de haber

encontrado el carruaje porque a aquella endiablada velocidad no hubiera podido sostenerse sobre una silla. Se apoyó en el asiento e hizo dos disparos hacia atrás, disparos que no alcanzaron a nadie, pero que obligaron a dispersarse a sus enemigos.

Sabía que éstos no iban a perseguirle hasta las calles de la ciudad. Si entraba en Dallas podía considerarse salvado por el momento, aunque Gaskell no descansaría hasta acabar con él.

Vio, a lo lejos, la recta de la calle principal. Los caballos volaban como enloquecidos en aquella dirección, y los disparos que pasaban sobre sus cabezas no hacían más que enloquecerlos aún más. Por fin se oyó otra vez la voz de Gaskell:

—¡Atrás! ¡Volveremos a por ti, Carey…!

El joven logró frenar los caballos a la entrada de la ciudad. Tuvo que hacerlo para no aplastar a un vaquero que estaba ensillando su caballo.

—Pero ¿adónde va tan aprisa, loco? —gritó el otro—. ¿Es que no quiere perderse un detalle de la ejecución?

—¿Qué ejecución? —musitó Carey con las facciones blancas como el papel.

—¿Cuál va a ser? La más entretenida que hemos tenido en Dallas. La de esa mujer tan bonita, Camelia Winter, o como diablos se llame…

CAPÍTULO X

Monty sentía en su costado la punzada de la bala y notaba que cada vez le era más difícil mover el brazo izquierdo. Pero en este momento, cuando le dijeron que Camelia iba a ser ahorcada, cesó el dolor y todos sus músculos sufrieron una sacudida que les hizo recobrar nuevas fuerzas.

Dominó a los excitados caballos con un tirón de riendas y los colocó al paso, poco a poco, por la recta de la calle principal. Al fondo, en torno al árbol de las ceremonias, que les servía para ahorcar, se veía a un enorme grupo de personas. Monty Carey sujetó el revólver con la mano izquierda y lo fue recargando lentamente con la derecha.

Al llegar a la altura del grupo vio que por sobre una de las ramas del árbol había sido pasada ya una cuerda La actitud de la muchedumbre era expectante y ansiosa. A aquella distancia y con una cuerda tensa, el blanco era fácil para un hombre como Carey. Sin que nadie advirtiera aún su presencia, apuntó con el revólver y segó la cuerda al primer disparo.

Se produjo instantáneamente un revuelo entre la muchedumbre. Las filas de hombres se apartaron y dejaron un pasillo por el que pudieran circular las balas. Al fondo de ese pasillo estaba Camelia acompañada de tres hombres. Uno de ellos era Glück, el verdugo, con quien Monty siempre había sostenido una profunda enemistad. Los otros eran dos tipos vestidos de negro a quienes el joven no conocía.

Glück, con un movimiento centelleante, extrajo su revólver.

—¡Tú, perro…!

Monty no estaba dispuesto a perder tiempo en explicaciones. Permitió que el otro levantara primero el revólver. Se dejó caer al

suelo y mientras caía disparó. La bala atravesó matemáticamente el centro de la frente del verdugo. Fue como un trabajo de joyería, de tan exacto y preciso.

Hubo alaridos entre la muchedumbre. Uno de los tipos vestidos de negro, y el cual llevaba una barba recortada, Intentó también sacar el revólver. Monty, sin contemplaciones, le atravesó de un balazo la mano derecha, haciéndole lanzar un grito de espantoso dolor.

Monty descendió del carruaje. El revólver brillaba en su mano derecha como un presagio de muerte. Vio que Camelia tenía les ojos cerrados y, con las manos atadas a la espalda, parecía esperar que de todos modos llegase la muerte.

—¿Está loco? —rugió el individuo de la mano atravesada—. ¿Sabe lo que acaba de hacer? ¡Será ahorcado también, junto con esta bruja! ¡Soy el juez Jules Monza!

El nombre recordó momentáneamente a Monty docenas de historias de crueldad. El juez Monza era uno de los más crueles y arbitrarios del Sur, y en los pueblos donde había tenido jurisdicción docenas de hombres habían conocido el sabor de la cuerda. Con los labios por donde todavía se deslizaba algún hililllo de sangre, Monty susurró:

—¿Qué está haciendo en Dallas?

—¿Que qué estoy haciendo? ¡Administrar justicia! ¡Soy el nuevo juez de la ciudad, y haré que le ahorquen por haberse atrevido a disparar contra mí! ¡Suelte ese revólver!

Otra vez Monty, sin alterarse, preguntó:

—¿Por qué ha condenado a esa mujer?

—¡Por una docena de motivos! ¡Es fiera peligrosa! ¡Le concedieron una semana de libertad y ha confesado que acaba de asesinar al senador Reynols!

Monty sintió como si le hubieran propinado un mazazo en el cráneo. Sintió como si una nube de sangre hubiera pasado por delante de sus ojos. Levantó un poco el revólver, y en ese instante, sólo al ver su expresión, los dos hombres vestidos de negro supieron que iban a morir. Pero la voz dulce de Camelia, cortó la tensión dramática de aquel momento.

—¿No tengo derecho a una última gracia antes de morir, juez? —preguntó.

—Naturalmente que la tienes. Pero si intentas alguna añagaza haré que te cuelguen por los pies para que te deshagas al sol.

—Quiero que se retiren unos pasos para que yo pueda hablar en secreto con este hombre.

—¡Ni soñarlo! ¡Quieres preparar una trampa!

Monty apretó el gatillo, y uno de los dedos de la mano izquierda del juez saltó por los aires. Su terrible alarido de dolor fue coreado por una carcajada de la muchedumbre, a la que la fisura negra y siniestra del juez Monza no había inspirado ninguna simpatía.

—¡Apártate!

El juez se apartó, acompañado por su ayudante. Los ojos de Monty se habían extraviado un poco y parecía más que nunca dispuesto a matar. La muchedumbre estaba tensa, expectante, esperando nuevas víctimas. Monty volvió un poco la cabeza hacia Camelia, sin dejar de vigilar a nadie.

—¿Qué locura es ésta? —susurró.

—Tú mismo dijiste que el senador era una personalidad muy importante aquí —musitó, con lágrimas en los ojos—. Al matarle arruinabas tu carrera, te convertías en un perseguido. Todo lo que hoy eres quedaba deshecho para siempre. Por eso, sabiendo que el cadáver de Reynols sería traído aquí por Gaskell, para acusarte, yo misma me confesé autora de ese delito ante el nuevo juez. Tú quedarías libre de sospecha, a pesar de lo que dijeran unos pistoleros capitaneados por Gaskell.

—Pero, Camelia…

—¿Qué importa mi vida? ¿Qué soy yo, sino una mujer condenada a presidio para siempre? El hombre a quien amé es un asesino, y el que amo hoy… Bueno, creo que jamás ha habido seres más distintos que tú y yo. Mi vida no vale la pena de ser conservada, Monty, y ya sólo puedo aspirar a servir de adorno para un árbol como éste.

Monty Carey tragó saliva, mezclada con su propia sangre, y tuvo en la garganta como un sabor a fuego. Sus manos temblaron, y el dolor de la bala pareció tan lejano como pudieran serlo los recuerdos de su infancia. El revólver, en cambio, le quemaba en la mano.

—Por el contrario, nunca ha habido dos seres más parecidos que tú y yo, Camelia…, con la diferencia de que tú tienes sentimientos

elevados que yo jamás podré tener. ¡Te juro que vas a quedar libre inmediatamente o aquí moriremos los dos!

Dijo esta frase en voz alta, de forma que la oyesen todos. El juez lanzó entonces una maldición, y su ayudante sacó él revólver.

Monty disparó una sola vez y el arma saltó hecha astillas entre los dedos del hombre.

—No tengo intención de matar a nadie más —silbó con expresión reconcentrada—, pero lo haré si alguien intenta tocar a esta mujer un pelo de la ropa. Voy a dejarla libre bajo mi responsabilidad, y si uno solo de vosotros no está conforme le clavaré una bala entre los ojos.

Nadie protestó, porque se veía a cien millas que Monty estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Sólo el juez Monza preguntó:

—¿Sabes ya por qué estoy aquí? ¿No te imaginas cuál es la causa de que haya venido tan pronto a sustituir al muerto?

—Estás aquí por la misma razón que luego atraerás a los buitres: Porque has olido carne humana.

—No me importa lo que creas de mí. Hay mucha gente que me llama buitre por mi forma implacable de administrar justicia, pero yo sé que en esta tierra no debe tenerse piedad. Y si he venido aquí es para hacer una limpieza general, porque es inminente la visita del gobernador. La campaña electoral ha empezado y no deben quedar rufianes por esta tierra.

—La limpieza la estoy haciendo yo —sonrió Monty secamente—. ¡Y voy a empezar por ti, para que aprendas a colgar gente sin que un jurado la haya declarado culpable! ¡Fuera!

—Pero…

—¡Vuelve a chistar y te clavaré una bala entre los ojos! ¡Me extraña no haberlo hecho ya!

—Monty, estás loco —susurró Camelia—. Después de todo esto tendrás que huir de Texas…

—Yo no huyo nunca. Y nada va a ocurrirme por haber arrojado de esta ciudad a un canalla.

Oprimió el gatillo, y la bala crepitó entre los dos pies del juez. Éste dio un salto hacia atrás y echó a correr seguido por las carcajadas de todos los espectadores. Su ayudante, tras un momento de vacilación, le siguió. Monty enfundó el revólver.

—Un cuchillo —pidió.

Un hombrecillo se despegó del grupo de espectadores y, con dos tajos de su «Bowie», cortó las ligaduras que aprisionaban a Camelia. Ésta, vacilante, faltándole ahora las fuerzas, se arrojó en brazos de Monty y al abrazarle retiró las manos empapadas de sangre.

—¡Estás herido!

—Hace falta estar muy ciego para no notarlo, muchacha. Pero olvidémonos ahora de mí.

—¡Tiene que verte un médico!

—Johnny Gaskell vendrá con su cuadrilla, y entonces no habrá piedad para mí. ¿Qué me importa que me vea un médico si después ha de verme un sepulturero?

La muchacha se mordió los labios hasta que de ellos brotó sangre. Aún había algo en ella que la ligaba a Johnny Gaskell, y al pensar que éste iba a enfrentarse con Monty, sentía como si una garra le destrozara el corazón.

—Necesitas que alguien te cure. El doctor Philsey no vive lejos de aquí.

Monty trató de negar con la cabeza, y en aquel momento se cerraron sus ojos. Sintió que sus rodillas cedían, que algo vacilaba en él, e hizo esfuerzos desesperados para mantenerse en pie, pero no lo consiguió. La última sensación que tuvo fue de que se hundía en una cosa dulce, vaporosa, blanda…

CAPÍTULO X

El médico estaba inclinado sobre él. Monty lo reconoció, a pesar de la neblina que envolvía su cerebro, por la barba negra que enmarcaba su rostro y por la expresión inteligente de sus ojos brillando tras las gafas.

Oyó su voz como si llegase de algún lugar lejano, desde una remota distancia.

—No es nada importante, Monty, pero deberá guardar unos días de reposo. Si la cicatriz se abre puede tener una hemorragia peligrosa.

El movió la cabeza y trató de ver bien dónde estaba. Notó que le dolía la espalda. Se hallaba tendido en el lecho de su habitación, tenía el tronco vendado y en este momento el médico le abotonaba la camisa.

—Ha estado de suerte —murmuró.

—¿Cuánto tiempo he permanecido sin conocimiento?

—Apenas media hora. No se preocupe por eso. A mí me gustaría que estuviese sin conocimiento una semana; sería un procedimiento ideal para obligarle a descansar.

Monty sonrió débilmente. Estaban solos en la habitación. Camelia, al parecer, no había presenciado la cura.

—¿Busca a esa muchacha? —preguntó el médico.

—Me interesa saber dónde está. Corre peligro. No puedo dejarla sola demasiado tiempo en una ciudad como ésta.

—¡Hum! Ella fue quien me avisó y quien hizo que lo trajeran aquí. Pero después no ha llegado a entrar en la habitación. ¿Quiere que la busque?

—La buscaré yo.

—¿Está loco? ¿Qué pretende?

—Pretendo manejar el revólver. ¿Puedo hacerlo?

—No podrá mover los brazos bien. Si se enfrenta con alguien en desafío, es seguro que morirá. No se trata de saber o no saber tirar. Se trata de que no podrá «sacar» a tiempo.

Monty se sentó en el lecho, haciendo un esfuerzo. Le dolía la cabeza y todo le daba vueltas a su alrededor.

—¿Va a salir así? ¿No le he dicho que eso es una locura?

—Es que yo estoy loco.

Dio unos pasos y avanzó hacia la puerta, junto a la cual estaba colgado su cinto con el revólver. Pero no llegó hasta allí.

De repente la puerta se abrió y dos hombres aparecieron en el umbral. Los dos eran jóvenes, fuertes y llevaban sobre sus rostros barbas de varios días. Los dos tenían en los labios la misma sonrisa burlona y en las manos la misma clase de revólveres: «Colt» del 45.

—Quieto, palomo —gruñó uno de ellos—. Vuelve a la cama y tiéndele a dormir. Venimos a cantarte una nana.

Monty levantó ligeramente los brazos, mientras una mueca despectiva aparecía en sus labios. De modo que la banda de Gaskell ya estaba allí. De modo que va se habían adueñado de la población sin disparar un tiro, sin llamar, por decirlo así, la atención de nadie. Comprendió para qué venían aquellos tipos y no le importó. Pensaba en Camelia.

—Dudo que me duerma, por muy bien que cantéis. Pero por complaceros me voy a tender en el lecho.

—Eso está bien.

—¿Dónde está Gaskell?

—Gaskell quiere hablar con una muchacha. Vamos, tiéndete ahí y no chistes. Queremos darte la satisfacción de que mueras en la cama.

Monty retrocedió hasta el lecho sin dejar de mirarles. No le importaba morir, pero no quería acabar de aquella forma miserable, tendido en la cama como un hombre que no sabe luchar. Daría a sus enemigos la oportunidad de que le matasen antes.

Al llegar junto al lecho hizo un rapidísimo movimiento, dejándose caer al suelo, y con la mano izquierda tiró de las ropas. Un disparo resonó en la habitación mientras esas ropas volaban por el aire.

Los dos pistoleros quedaron cegados durante un momento. Un

momento que duró dos segundos, porque no necesitaron más para desembarazarse de la colcha y quedar libres otra vez. En ese tiempo hicieron cuatro disparos más, pero las balas se incrustaron en la pared frontera.

De no haberse dejado caer Monty al suelo lo habrían alcanzado.

Monty miró al médico. Éste no llevaba revólver y no podía ayudarle. Reuniendo todas sus fuerzas, el joven volcó entonces la cama con su brazo útil, lanzándola contra los dos pistoleros. Éstos parecían no haberse repuesto aún de la sorpresa, pero Monty sabía que no iban a tardar en pasar a la ofensiva.

Sin pensarlo más, tomó impulso y se lanzó por la ventana, rompiendo los cristales con su cuerpo.

Se oyeron gritos en la calle. Monty mismo debió lanzar un alarido al sentir el golpe en su espalda. Gateó por el suelo, buscando ponerse a cubierto, y en ese instante un jinete que pasaba junto al porche gritó:

—Pero ¿qué está haciendo, loco?

—Más vale hacer el loco que hacer el muerto —fue lo que se le ocurrió contestar a Monty—. ¡Pronto, un revólver!

El jinete se lo lanzó, volteándolo en el aire, y los dedos de Monty lo engaritaron frenéticamente.

Uno de los dos pistoleros apareció entonces en la ventana. Monty, con una endiablada rapidez, le clavó una bala entre los ojos, y vio entonces al otro que se asomaba por la puerta.

Los dos disparos se cruzaron en el aire. Pero Monty estaba pegado a la pared y eso le salvó. La bala le rozó el pecho, mientras que su enemigo la recibía en el estómago.

Con paso vacilante, Monty Carey echó a andar.

Marcaba sus huellas en el polvo de la calle y sabía que iba hacia la muerte. Cualquiera que hubiese visto aquellas huellas se habría dado cuenta de que el que las marcó andaba a trompicones y haciendo esfuerzos desesperados para no caer.

Monty llevaba el revólver en la mano. Tenía cuatro balas en él. Podía matar a cuatro hombres si antes no le clavaban una bala entre los ojos.

Al pasar frente a un *saloon* llamado *La Bella Kitt* supo que era allí donde se encontraba Johnny Gaskell.

No hubiera sabido decir por qué, pero esa sensación la tuvo con

una absoluta certidumbre. Los alrededores del *saloon* estaban completamente vacíos de toda presencia humana, de las puertas no salía ninguna música, y el silencio era tan agobiante como el que se hubiera encontrado en una tumba.

Monty se acercó pesadamente a los batientes y los empujó con el pecho, pasando al interior.

Nadie se dio cuenta de que entraba.

Tres hombres estaban sentados ante las mesas del fondo, sin prestar atención a nada porque reían a mandíbula batiente. Otro besaba a una mujer, cuyos dedos estaban crispados en el aire como si ya no pudiera hacer nada para defenderse.

Aquella mujer era Camelia.

Y el que la besaba debía ser Johnny Gaskell.

Monty levantó el revólver un poco. Sintió tentaciones de disparar y acabar allí mismo. Al fin y al cabo tenía cuatro balas. Johnny Gaskell seguía besando a la mujer.

Aquel beso que parecía interminable produjo en el corazón de Monty Carey una desgarradura sangrante.

Johnny la soltó al fin, y Camelia cayó de espaldas sobre la mesa cercana. Pero aunque la situación había cambiado nadie vio todavía a Monty.

—Parece como si no recordaras que estuvimos enamorados en otro tiempo —masculló Gaskell mirando a la mujer.

—No he olvidado nada, Johnny.

—Si no has olvidado nada, ¿por qué te has puesto como una fierecilla cuando he intentado besarte?

—No me he puesto como una fierecilla, Johnny, sino como una víctima. Sé que no se puede luchar contra ti. Y sé también que me has besado.

—Eso por supuesto, nena. ¿Qué sientes en los labios?

—Asco.

El movió la derecha, abofeteó tres veces a la mujer y al final la arrojó de un puntapié contra la pared del fondo.

Los ojos de Camelia estaban muy abiertos, y sus labios bañados en sangre temblaban ligeramente. Pero no había odio ni miedo en ellos, sino pena. Sólo una inmensa y devoradora pena por el hombre que la maltrataba.

—Vete de la ciudad, Johnny —susurró—. Vete de esta tierra.

Olvídate de todos y quizá puedas salvarte. Márchate de aquí antes de que la pena que me inspiras se convierta en el odio de una perra rabiosa, Johnny.

El rió. Su carcajada, breve y dura, fue cortada en seco.

Había visto que se desviaban los ojos de la mujer, y que en ellos aparecía una terrible expresión que no hubiera podido decirse si era el terror o el asombro.

Se volvió poco a poco. En la puerta, con un revólver amartillado en la mano derecha, estaba Monty Carey. Los batientes oscilaban un poco a su espalda, y parecía como si detrás de él, en las calles del pueblo, no hubiese ningún otro ser humano.

Tenía los labios torcidos en una mueca fría y cruel, los ojos envueltos en un halo de niebla y la mano agarrotada sobre la culata del revólver. La sangre empapaba sus ropas.

—Buenos días, Johnny —susurró.

—Creí haberte enviado a dos muchachos para que te diesen la bienvenida —susurró el pistolero sin inmutarse—. ¿Es que no los has visto o es que has corrido más que ellos?

—Por ahora han corrido ellos más que yo. Yo estoy aquí. Ellos están va en el otro mundo.

Se oyó el chasquido de los dientes de Johnny Gaskell y el grito de Camelia:

—¡Monty, esto es una locura!

—Me gustan las locuras, muchacha.

Los tres hombres de Gaskell se abrieron en abanico.

—Juegas con ventaja, Monty —dijo Gaskell.

—¿Por qué?

—Tú tienes el revólver ya en la mano.

—Un revólver en el que sólo quedan ya cuatro balas. Una bala para cada uno de vosotros.

—¿Por qué no empiezas a repartirlas si tan animoso te sientes?

—Me siento más animoso aún de lo que crees, Gaskell. No sólo no empezaré a repartir las balas ahora, sino que depositare el revólver sobre esa mesa y lo sujetaré sólo cuando vosotros empecéis a «sacar». Que la vida sea del más rápido, Gaskell. Me gustará entrar en el Más Allá galopando y en compañía de unos buenos buitres como vosotros.

Camelia se llevó una mano a los labios mientras sus ojos se

abrían desmesuradamente.

—Monty, es como si estuvieras ya muerto —fue todo lo que supo decir.

—Algún día te darás cuenta, muchacha, de que morir puede ser agradable. ¡Vamos, «sacad»!

Había dejado caer el revólver sobre una mesa cercana, con la culata vuelta hacia él. Los brazos de los cuatro hombres se arquearon, y en ese momento Camelia se arrojó sobre Johnny Gaskell y trató de sujetarle los brazos. Por un instante todos se quedaron quietos. Johnny sacó el revólver, golpeó con la culata en los labios de la mujer y ésta le mordió los dedos, igual que una fierecilla rabiosa. Soltó el revólver y fue a mover la otra mano para aplastarla contra el rostro de Camelia.

La voz de Monty se lo impidió:

—Tócala y tú serás el primero, Johnny. Sabes que te mataré. Sabes que si te apunto a ti solo, lograré morderte con el plomo aunque tus hombres me claven cuatro balas por el mismo agujero entre las cejas.

Johnny Gaskell lo miró como hipnotizado. Y en ese instante decidió asegurar su vida.

Su frase sonó lenta y silbante en la quietud del *saloon*:

—No tocaré a la chica, Monte, si me prometes que no dispararás primero contra mí.

—¿Quieres tener tiempo para matarme, Gaskell?

—Quiero tener tiempo para matarte.

Monty tragó saliva.

—Está bien. Gaskell. Puedes estar tranquilo porque sólo la cuarta bala será para ti.

Todos arquearon los brazos otra vez. La atmósfera se hizo agobiante, densa, abrumadora. Unas gotitas de sudor resbalaban por el rostro de Monty. La herida le dolía como una marca hecha con fuego.

—¡«Sacad»!

Los cuatro hombres que Monty tenía enfrente lo hicieron a la vez, mientras el joven se inclinaba hacia adelante para tomar el revólver. Lo había dejado de modo que enfilase a uno de sus enemigos, de tal manera que ni siquiera tuvo que levantarlo. Rozándolo solo, apretó el gatillo, y el pistolero de su izquierda

recibió plomo en el estómago, encabritándose como un caballo y gimiendo sin tiempo para levantar el revólver. Monty se dejó caer al suelo, sujetando el arma, mientras el huracán de plomo aullaba sobre su cabeza.

Había aprovechado bien el segundo que le concedía el tener enfilado el revólver, pero ahora tenía tres enemigos enfrente y sólo contaba con la protección de una mesa. Tumbado en el suelo, la arrojó de un puntapié al aire mientras se deslizaba en otra dirección. La mesa, por un movimiento reflejo de los pistoleros, fue acribillada antes de caer. Monty aprovechó aquel otro segundo de indecisión para clavar una segunda bala entre las cejas de otro de sus enemigos.

Johnny Gaskell y el único compinche que quedaba vivo, se arrojaron al suelo también. No podían estar por más tiempo de pie, expuestos a los disparos de Monty. Éste se deslizó hasta la barra, con el revólver engarfiado, sabiendo que a partir de ese momento aquel duelo de hombres se convertía en un duelo de ratas.

Por debajo de las mesas trataron de vigilarse igual que reptiles que se disponen al ataque.

Ninguno de ellos vio al otro. En el *saloon* había varias mesas volcadas y eso ocultaba la visión. Monty, apoyado sobre su costado útil, revisó el cilindro y comprobó que sólo le quedaban dos balas.

Si las desperdiciaba, podía considerarse muerto.

Estaría indefenso ante Johnny Gaskell y sin la suficiente agilidad para escapar.

Vio una silueta que se movía detrás de él. Era algo impreciso, pero en el silencio del *saloon* cualquier susurro parecía un trueno. Monty esperó con todos los músculos en tensión. Dos balas y dos enemigos. No podía fallar un disparo.

La silueta se perfiló bien delante de sus ojos. No pudo distinguir si era Gaskell o el otro, porque apenas la vio recortarse ante su punto de mira hizo fuego. La silueta se encabritó y dos estampidos surgieron de su contorno, pero las balas fueron a incrustarse en las vigas del techo. Monty vio que no era Johnny Gaskell.

Éste apareció entonces.

Había dado la vuelta al saloon y le atacaba por la espalda. Monty no le había visto aún. Y hubiese caído con la nuca atravesada de no haber gritado Camelia en aquel momento:

—¡Cuidado, Monty!

El joven dio una vuelta sobre sí mismo, sintiendo un insufrible dolor, mientras hacía fuego. Gaskell disparó también, y las dos balas se perdieron. Ambos hombres quedaron agazapados como topos en espera de su oportunidad, pero Monty cometió otro error.

Hizo otro disparo, sin recordar en aquel momento que no tenía más balas. Un «clic» sonoro y cantarino saltó al silencio del *saloon*.

Johnny Gaskell se puso en pie, y su impresionante estatura pareció dominar por unos instantes al caído. Monty, poco a poco, se levantó también y dejó caer el revólver. En sus ojos no había miedo, sino una insolente expresión de desafío.

—Has ganado —dijo—. ¿A qué esperas?

—Estoy eligiendo un sitio donde la bala haga daño, Monty. No quiero liquidarte así como así. Para matar, ¿sabes?, soy un artista.

Levantó el revólver un poco más, enfilando a un punto bien sensible. Lo hizo con una exasperante lentitud, mientras sus facciones se torcían en una mueca cruel, sardónica. Monty Carey, mientras le miraba a los ojos, trató de pensar que de un modo u otro algún día hay que morir.

Su mirada se desvió entonces hacia Camelia, en una postrera despedida, y vio en su rostro la máscara del sufrimiento.

Camelia había recogido el revólver de uno de los muertos y apuntaba con él a la espalda de Johnny Gaskell. Pero no se atrevía a disparar porque Johnny, en otro tiempo, lo fue todo para ella. Porque Johnny, en otro tiempo, le hizo sentir su primera emoción de mujer. Porque al que ahora era un monstruo lo considero ella en otro tiempo como al hombre de su vida.

El revólver temblaba en su mano. Monty susurró:

—No lo hagas, Camelia. No vale la pena.

—Tratas de desorientarme, ¿eh? —rió Gaskell cerrando un poco más el dedo sobre el gatillo—. Pues lamento tener que decirte que el truco es muy viejo, amigo. No vas a ir a ninguna parte con él. Si esperas que me vuelva para intentar algo desesperado, es que eres idiota.

Camelia levantó el revólver un poco más apuntando a la nuca.

—No le mates, Camelia —susurró Monty—. No manches tus manos. De alguna manera he de morir, y hoy es un día tan bueno como cualquier otro.

—¡Imbécil! —rió Gaskell, sin adivinar que en aquellas palabras latía la verdad—. ¡Imbécil!

Camelia sentía repugnancia porque era incapaz de matar a nadie por la espalda. Pero todos sus nervios se tensaron y vibraron cuando oyó aquella voz:

—¡Muere!

Gaskell iba a apretar el gatillo.

Sonó un solo disparo.

Johnny Gaskell soltó el revolver como si fuera un reptil, en una violentísima contracción de todos sus músculos. La bala le atravesó rectamente la nuca y le deshizo la cabeza. Dio un fantástico salto antes de caer doblado como un pelele encima de una de las mesas.

Camelia Winter, pálida como si ella misma hubiese muerto, dejó caer el revólver también.

Allí estaba Johnny Gaskell, doblado sobre la mesa, contraído como un muñeco mal hecho, dejando escapar por entre sus labios un suave hililllo de sangre. Allí estaba el hombre que durante un tiempo lo fue todo para ella, el hombre que fue su vida y fue su muerte a la vez.

Camelia se ocultó entre los brazos de Monty y, apretada contra su pecho, se puso a llorar angustiosamente.

Epílogo

Todos los miembros de la familia estaban reunidos otra vez. Todos con expresiones serias, graves, ansiosas en cierto modo. Iba a darse lectura a la última parte del testamento de Manfred, aquella que el difunto había querido que permaneciese secreta un tiempo después de leída la primera parte.

Fue Monty Carey quien la leyó:

> «Estas líneas van dirigidas a ti exclusivamente, Camelia, y lo único que quiero decirte es: ¡Bien, hija mía!
>
> »Cuando estas líneas sean leídas tú ya llevarás un tiempo en la ciudad, ya habrás vuelto a encontrar a Johnny… y ya le habrás matado. Por eso te digo: ¡Bien, muchacha!
>
> »Tú serás la única que me habrás vengado.
>
> »Cuando escribo estas líneas sé que Johnny Gaskell está planeando asesinarme. Lo sé, pero no puedo probarlo. Sé que algún día me matará a entonces será otro el que aparecerá como culpable. Quién sabe si tú misma… ya que una vez te hiciste responsable de un crimen que él había cometido. Por eso voy a rogar al director de la penitenciaría donde te encuentras, que es un buen amigo mío, para que te conceda un especialísimo permiso después de mi muerte. Quiero que vuelvas a la ciudad y conozcas realmente a

Johnny. Quiero que se borren de tu mente todos los ideales y mentiras que te llegaste a forjar sobre él, y que han destruido tu vida. Tú, por amor a él, cargaste un día con un crimen cometido cuando asesinó a un hombre para robarle. Ahora te darás cuenta de la locura que hiciste.

»Porque eres una mujer digna, quiero que llegues a ser una mujer nueva.

»Sé que es peligroso lo que me propongo, un nuevo choque entre Johnny y tú, pero sé también que esta vez la verdad no se ocultará a tus ojos. Y sé que me habrás vengado, muchacha…, antes de que estas palabras te hayan sido leídas por Monty Carey, en quien tengo la más absoluta confianza.

»Perdóname, Camelia…, y gracias».

Monty dejó de leer, colocando el documento sobre la mesa, y no quiso mirar los ojos de Camelia, que estaban anegados en lágrimas.

Camelia se levantó poco a poco. Parecía vacilar. Se dirigió hacia la puerta, y antes de que llegase a ella Monty la detuvo.

—¿Que te ocurre, muchacha?

—Nada, Monty. Sólo que todo ha terminado… Y ahora debo volver allí.

Monty la sujetó por los hombros y sus ojos llamearon de alegría, de excitación, de algo que quizá no había sentido nunca hasta aquel momento.

—Debes saber que estaba solicitada una nueva revisión de la causa, muchacha. La sentencia definitiva ha llegado esta misma mañana. Estás libre.

Camelia, llorando aún, pero ahora de alegría, se dejó caer en sus brazos.

—Vámonos —dijo Mónica poniéndose en pie y disponiéndose a salir de la habitación—. ¿No veis que quieren besarse?

Y todos, sonriendo, salieron de allí.

Los únicos que no sonrieron fueron Monty y Camelia.

Pero era porque tenían los labios ocupados en otra cosa.

FIN



EDICIONES B

GRUPO ZETA





ASES DEL OESTE
KEITH LUGER

BISONTE
CLARK CARRADOS

BRAVO OESTE
SILVER KANE

BUFALO
M. L. ESTEFANIA

HEROES DEL OESTE
M. L. ESTEFANIA

OESTE LEGENDARIO
LOU CARRIGAN

80 ptas.